

Los Primeros Hijos: Lazos de Sangre

Pisando Hormigas



Capítulo 1

Todos los derechos reservados ©

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

Prólogo

Todo queda en familia
Una casa en Sussex
El serafín, el cazador y el soñador

Capítulo 1: Dejar que el tiempo pase sin más
Capítulo 2: Lejos de todo
Capítulo 3: Vínculos
Capítulo 4: Una cuestión de apariencia
Capítulo 5: Seguir un rastro
Capítulo 6: Punto de inflexión
Capítulo 7: Caminos divergentes
Capítulo 8: Del hogar y la familia
Capítulo 9: En casa
Capítulo 10: Solo para ti
Capítulo 11: Viktor
Capítulo 12: Lo que trae la tormenta
Capítulo 13: Donde arderán los sueños
Capítulo 14: Al otro lado del túnel
Capítulo 15: Pero no todo es lejanía
Capítulo 16: La delgada línea que nos separa
Capítulo 17: Siempre hay decisiones que tomar
Capítulo 18: Es hora de dejar ciertas cosas atrás
Capítulo 19: Réquiem por los muertos
Capítulo 20: Fragmentos oscuros
Capítulo 21: De luces y sombras
Capítulo 22: Lo que fuimos y lo que somos
Capítulo 23: Todo sigue su curso
Epílogo

Apéndices

Summon

Una noche especial
(navidad)

La noche del cazador

A orillas del Egeo

Promesas cumplidas

Capítulo 2

Prólogo: Primera parte

Todo queda en familia

"Todo lo que atormenta y enloquece la razón humana; Todo lo que trastrueca las cosas; Toda verdad contaminada de malicia; Todo lo que enturbia la mente; Todo el sutil demonismo de la vida y el pensamiento..."

-Herman Melville-

Beachy Head, Eastbourne 1917

Las olas rompían salvajes en los acantilados produciendo un sonido indescriptible. El fuerte viento las arrastraba hacia las rocas destrozándolas sin piedad, dejando un rastro de espuma blanca sobre ellas. Todo olía a mar. Y a tormenta. Era ése un sonido que no se podía comparar con ningún otro; el rugir del océano cuándo está revuelto. La ira y la furia del mar.

El largo cabello se agitaba azotándole el rostro, impidiéndole ver lo que estaba haciendo. Se detuvo un momento para trenzarlo y recogerlo bajo la fina camisa de seda, que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Había tallado las runas con sumo cuidado y sólo restaba rellenarlas. Vertió el líquido que fluyó atravesando los trazados, de ése rojo intenso, cómo sólo la sangre inocente puede serlo; la sangre de sus hermanos. Una vez concluído, el círculo quedó sellado, brillando mortecino en la oscuridad con aquella luz particular que únicamente él podía ver. Perfecto. Era perfecto...

Extrajo la hoja curva de la funda que llevaba a su espalda y contempló las marcas de su filo. La observó haciéndola girar en su mano con suavidad. Era un arma ligera y perfectamente equilibrada. Recordó el día en que Viridiel se la dio; no era una espada cualquiera, era su espada, la que llevó consigo en innumerables batallas. La hoja se había bañado en sangre en tantas ocasiones que resultaba imposible contemplar aquel filo prístino y brillante sin sobrecogerse. Era el arma de un líder. Releyó la inscripción una vez más: *"Para llevar la justicia donde no la hubo. Los que fueron perjudicados serán resarcidos, los violentos encontrarán la calma y*

los enemigos dejarán de serlo." Palabras huecas para él. Pasó las yemas de los dedos por el nombre hebreo grabado en la empuñadura.

Avdel. Servidor de Dios. Esbozó una mueca de asco. Muy lejos habían quedado ya aquellos tiempos, los tiempos en los que todos eran servidores de Dios. Ahora se servían a sí mismos y la tregua los había vuelto blandos. ¿Qué era un general en tiempos de paz? ¿De qué servía un arma como aquella si no podía empuñarla? Les daría a los suyos algo por lo que luchar de nuevo... y borraría todo vestigio de humanidad que hubiese sobre la faz de la tierra. Sí, la hora de llevar la justicia dónde no la hubo había llegado, y por fin su pueblo sería resarcido; los violentos encontrarían la calma, y los enemigos... Bueno, los enemigos muertos, dejaban de ser enemigos. Eso era algo que todo el mundo sabía. Pero antes de eso... Antes, debería ocuparse de aquello que su corazón deseaba más que cualquier otra cosa, y no podía hacerlo solo. Con un movimiento rápido devolvió la espada a su funda.

Se concentró en las palabras, dejando que estas fluyesen formando la melodía adecuada. Porque todas las palabras están llenas de poder, todo depende de la entonación que uno quiera darles. Y la entonación correcta en ésta ocasión era muy importante. Ellos crearon aquel mundo con Él. Lo crearon de la nada, nació de la melodía conjunta de sus voces. Pero ahora Él, su Padre, ya no estaba. Y ellos podrían, si quisieran, destruirlo todo de la misma forma en que lo crearon: cantando la melodía correcta. Pero hoy no sería ése día, pensó, alejando su mente de toda distracción y concentrándose en que las palabras tuviesen la entonación adecuada...

La tierra tembló agrietándose y sintió la vibración bajo sus pies. Las runas ardieron, rojas cómo la sangre de la que estaban saciadas, brillando con intensidad ahora. El humo dentro de aquel pequeño espacio atemporal se volvió denso y oscuro, y el fuerte viento que gemía en cada hueco no podía tocarlo. No allí, en aquel pequeño espacio atemporal. Y dos figuras fueron emergiendo; primero esbozándose despacio con la suavidad de los trazos de un genio. Y poco a poco de forma más firme, hasta que la carne se hizo carne del todo y dos pares de ojos, negros, como los mismos pozos del abismo, le devolvieron la mirada. Uno era tan alto como lo era él. El tamaño del segundo era mastodóntico. Ambos del color de la tierra, puesto que a la tierra pertenecían. Ambos con aquellas perfectas barbas cuadradas que dejaban claros sus orígenes. Los sumerios no sonreían, en sus bocas permanecían talladas aquellas muecas de profundo desprecio. Una llena de expectación, además. La segunda amarga como la hiel.

—Dime, *Beni Elohim*, ¿qué es lo que buscas aquí? ¿Qué podría querer alguien cómo tú de alguien como yo? —habló el primero, de voz profunda, con el acento propio de los de su pueblo. Y las palabras le llegaron claras a través de la tormenta.

En su brazo izquierdo una serpiente tatuada se deslizaba enroscándose con pereza. Era un dibujo sobre su piel, a excepción de la cabeza, que movía acompasadamente acariciándolo, paseando su lengua bífida por el músculo en tensión. Hasta que se fundió del todo con el

sumerio y quedó impresa, quieta y plana como lo está una pintura sobre el lienzo. Y en aquella misma mano una piedra ovalada y negra, perfectamente pulida y brillante, daba vueltas entre sus dedos con la fuerza de la costumbre.

—Busco un trato, *Utukku* —le dijo—. Eso es lo que busco.

El hombre lo observó detenidamente, cómo aprendiéndoselo de memoria, mesándose la espesa barba rizada con la otra mano.

—¿Y de qué trato estamos hablando? —preguntó con suavidad.

—De una vida a cambio de otra, como debe ser.

Atrapados allí, dónde los habían confinado, habían permanecido largo tiempo. Demasiado, esperaba. El suficiente como para aceptar un trato.

—Yo salgo y alguien muere, entonces. Una vida por otra.

—Así es —confirmó. Y no le tembló la voz.

Se había preguntado si sería capaz de llevarlo a cabo, si sería capaz de decir en voz alta aquello que anhelaba. Lo era.

—Es un trato justo, pero mi hermano viene conmigo. Dos vidas a cambio de otras dos —susurró con una sonrisa que nada tenía de amistosa—. Estoy seguro de que tu lista no está compuesta por un único nombre... Sigue siendo un buen trato, *primo*.

Hizo caso omiso a aquella última palabra. Ah, la familia... Pensó en un segundo nombre que, por supuesto, tenía... Quería ver muerto a su hermano, pero con gusto contemplaría su sufrimiento antes de llegar a eso. Antes de verlo morir podía quitarle aquello que él amaba por encima de todo... Podía destruirlo por completo. Era un buen trato, aunque eso significase tener que sacar a dos demonios sumerios del infierno en lugar de a uno solo.

—Dos vidas a cambio de otras dos —repitió asintiendo al fin—. Serafín y cazador. Quiero que el cazador muera primero, y quiero estar presente cuándo termines con el serafín. Ése es el trato.

Aquella oscura sonrisa se acentuó un poco más, y clavó en él sus ojos negros. Negros, de oscuridad salpicada. Recitó las palabras y las barreras cayeron. Y los dos extraños miraron hacia arriba, libres por fin de su cautiverio. Libres, por fin.

El sumerio sacó una daga curva que llevaba a su cadera y se hizo un corte en la mano, tendiéndosela después a él. La cogió y repitió el gesto, cortando su propia piel, hundiéndola sin miedo. Las unieron en un apretón firme, y sintió la fuerza del sello recorriéndole hasta el tuétano, irrompible hasta que el trato se cumpliera. Unidos ahora por la sangre, de una forma mucho más profunda de lo que la carne une a la carne. Se miraron, y el hombre se giró en busca de su hermano, que había permanecido en silencio en todo momento sin cambiar aquella expresión imperturbable de su rostro. Imperturbable. Tanto que parecía no importarle en absoluto que su destino acabase de cambiar de una forma drástica. Y sujetó del brazo al *Utukku* antes de que éste se desvaneciese.

—¿Dónde crees que vas?

Él se volvió, alzando la comisura de sus labios, enseñando los dientes, bajando la mirada al lugar dónde la mano reposaba en su

antebrazo; aquel que no estaba tatuado.

—Tenemos un trato pero antes, *primo*... antes estiraremos las piernas —y haciendo desaparecer la negra piedra posó la mano en su frente, una mano del color de la tierra, puesto que a la tierra pertenecían, y un millar de terribles visiones se abrieron camino con brusquedad, aplastando lo que encontraron a su paso, poniéndolo de rodillas y haciéndolo jadear sin aliento—. Demasiado tiempo encerrados, *Beni Elohim*... Demasiado tiempo.

Ambos se desvanecieron cómo si jamás hubiesen estado ahí y él se alegró de que lo hicieran, por fin.

Había sido paciente y la paciencia siempre era recompensada. Y destruir a su hermano definitivamente era algo que podría esperar. Quería salir de la larga sombra que proyectaba el serafín para ver el sol. Quería ser el sol... Sí, y empezaría por quitarle aquello que más amaba. Había sido paciente, y la paciencia siempre era recompensada; podía esperar un poco más.

Capítulo 3

Prólogo: Segunda parte

Una casa en Sussex

La Casa Grande, Sussex, 1910

Cuándo la conocí tenía el invierno en aquellos preciosos ojos verdes y el atardecer en el pelo. Anaranjado, como sólo una perfecta puesta de sol puede serlo. Era ésa la mirada más triste que había visto en mi vida, y aún así era hermosa. Llegaron en el enorme y brillante coche negro, ella con el largo cabello recogido en un moño a la última moda y el sombrero calado, ocultando la pálida piel de su rostro; toda una señorita de ciudad. Siempre mirando al suelo del brazo del señor, tan joven y atractivo... Rico hasta el hartazgo, con la sonrisa más blanca y perfecta que alguien hubiese visto jamás. Todas las muchachas del servicio la envidiaron de inmediato, incluida yo misma, a pesar de haber dejado años atrás la lozanía. Por su belleza y por ser la elegida de alguien tan distinguido. Claro que por aquel entonces... por aquel entonces aún no conocíamos al señor.

Él la tomó en brazos para cruzar el umbral ignorando las miradas de sorpresa del servicio. Todos lo achacamos a que estaba perdidamente enamorado, y nosotras nos derretimos como idiotas ante aquel gesto grandilocuente. Y fue en aquel momento, ése día tan feliz para todos, puesto que era el día en que nuestras vidas cobraban sentido al tener de nuevo en la casa a alguien que la disfrutase... Y fue, como digo, en aquel momento, que nuestras miradas se cruzaron por primera vez. La de ella y la mía. Mientras él la llevaba en sus brazos hasta el interior, como una novia el día de su boda, agarrada a sus hombros pero sin un ápice de felicidad en aquellos preciosos ojos verdes, dónde anidaba el invierno y el sol jamás entraría. Y a pesar de todo no supe verlo, no me di cuenta. Seguí envidiándola, como todas las demás. Envidiándola porque sería ella la que tendría las atenciones del señor; la que compartiría su cama por las noches; la que había llegado a su nueva casa en aquel coche enorme y brillante.

Negro, cómo un coche fúnebre.

Qué lejos quedan ya esos días en los que éramos ajenos a todo. Ajenos a él. Claro que por aquel entonces... por aquel entonces aún no conocíamos al señor.

* * *

Cinco años después, el señor Harold, el mayordomo jefe, me encargó personalmente que fuese la asistente de la señora cuándo Gretchen dejó su puesto para mudarse a Dover con su marido. Estaba enferma, había dicho, y necesitaba un cambio de aires. Para entonces nadie envidiaba ya a la joven señora, y todos trataban de rehuir al señor en la medida de sus posibilidades. He de confesar que sospeché a qué podía deberse la enfermedad de Gretchen, pero no quise preguntarle porque no quería saber nada más de lo que todos murmuraban en el pequeño comedor del servicio. Nunca he sido una mujer remilgada, ni alguien que se asuste con facilidad, así que simplemente pensé que no podía ser tan malo. Pensé que podría con la situación, y ya ese primer día me arrepentí de haberlo dado por sentado tan rápidamente.

Me encontré al señor de camino a la habitación. Iba vestido con las ropas de montar y con aquella maldita fusta en la mano. Todo hubiese parecido normal de no ser por las manchas de sangre que había en su camisa. No muchas, pero las suficientes como para llamar la atención sobre el tejido blanco.

—¿Eres la nueva asistente? —me preguntó, todo sonrisas y buenos modales.

—Así es, señor.

—Bien, pues ayúdala a bañarse y a vestirse, y asegúrate de que esté lista para cuándo regrese de montar.

Y siguió su camino cómo si nada, dándose golpecitos con la fusta en la pierna al compás de sus largas zancadas. Como si no acabase de despellejar viva a la pobre muchacha, porque eso es exactamente lo que me encontré en aquella oscura habitación.

Descorrí las cortinas y la vi echa un ovillo sobre la cama, tapada hasta la barbilla, temblando como un conejito. El olor de la sangre es cómo metálico, al igual que su sabor. Ignoro el porqué, pero así es. Toda la habitación estaba impregnada de ése olor; tarde días en sacudírmelo de la nariz, y sabe Dios que tardé muchísimo más en sacudírmelo de la cabeza... Cuando la convencí de que me dejase apartar la colcha se me cayó el alma a los pies: Estaba desnuda y la había azotado a conciencia, poniendo especial énfasis en su espalda, que tenía en carne viva. Me sorprendió que hubiese querido cubrirse siquiera, que pudiese soportar sobre ella la ropa de cama. El señor era un malnacido, sobre eso ya no cabía duda.

Llené la bañera yo misma calentando el agua en el hogar, lo suficiente como para no escaldarla, y después la ayudé a meterse dentro. La froté con cuidado, y en ningún momento escuché una queja o un lamento. Simplemente se quedó allí dentro, sufriendo en silencio, mirando a la puerta como si él fuese a entrar en cualquier instante. Al terminar... la pena me consumió al tener que vestirla.

—No te preocupes —me dijo ella—, estaré bien enseguida.

Tenía una voz suave que arrastraba un bonito acento extranjero que nunca supe identificar. Un bonito acento que hizo correr toda suerte de

historias a su alrededor en su momento... Historias sobre las que ya nadie hablaba. Cubrí su espalda con las gasas de algodón, esperando que no sangrase sobre el corsé de seda. No me parecía que a él le fuese a gustar aquello, ver manchado el carísimo traje de encaje de tres piezas traído exclusivamente desde Londres. Y por último, cambié las sábanas y limpié el desastre.

Ella permaneció de pie junto a la ventana como un fantasma, rígida pero erguida, como si nada pudiese destrozarla ya. Miraba hacia el laberinto; aquel lugar lúgubre, oscuro y solitario por el que acostumbraba a pasear. Lo recorría a diario mientras él salía a ocuparse de sus asuntos o viajaba -ausencias que todos agradecíamos-, o mientras iba y venía de fiesta en fiesta, o acudía a las recepciones. Sitios a los que jamás la llevaba debido a su delicada salud, según decía... Y libre entonces, a su manera, ella pasaba en aquel lugar mucho tiempo, rodeada de todas esas estatuas macabras del pasado, que debieron ser dignas de ver en su día, pero que ahora, descuidadas y olvidadas, lo que provocaban era esa clase de inquietud que arraiga en las entrañas. Extrañas imágenes esculpidas fuera de los límites de la realidad. Un lugar horrendo en el que apenas entraba la luz, retorcido, como el alma del mismísimo demonio. Y nunca llegué a entender qué clase de morbosa fascinación encontraría aquella muchacha entre la turbia y salvaje maleza... La casa era enorme; no la llamaban la Casa Grande por nada, no señor. Rodeada de terrenos, contaba con extensas tierras dónde poder salir incluso de caza. Había pertenecido a varios duques, y el maldito laberinto parecía haberles divertido a todos. Quien sabe porqué lo habían conservado todo ése tiempo... Quién sabe. Yo desde luego no...

Aparté esos pensamientos perturbadores y volví al presente. La señora seguía con los ojos clavados en el cristal, ensimismada, ajena a mi presencia. Probablemente esperándolo a él...

—¿Porqué? —le pregunté antes de salir, aunque sabía que no era correcto preguntarle.

—Porque puede —respondió lacónica, encogiéndose de hombros sin dejar de mirar por la ventana.

Tenía el invierno en aquellos preciosos ojos verdes y el atardecer en el pelo. Anaranjado, como sólo una perfecta puesta de sol puede serlo. Era ésa la mirada más triste que había visto en mi vida, y aún así... Aún así era hermosa.

* * *

Diez años había pasado dentro de aquella casa. Diez años, ni largos ni cortos. Diez años indiferentes, ajena ya al dolor físico. Mirando por aquella ventana, con Rosie cómo única compañía cuando él no estaba. Apreciaba a la mujer, apreciaba su preocupación, aún cuando ella había llegado a temer su contacto. Aunque se esforzaba porque no se le notase y eso siempre cuenta, pensó con una sonrisa triste. No era culpa suya que la viese como a un ser extraño... Contempló los brazaletes de sus muñecas, tan brillantes, preciosos como joyas; no, no era culpa suya que

la viese cómo a un ser extraño, puesto que eso es exactamente lo que era.

El servicio había ido abandonado la casa. El éxodo había comenzado muchos años atrás, cuando comenzaron a conocer de verdad al señor, y había continuado hasta saldarse con innumerables ausencias. Nadie quería trabajar allí. Nadie que no necesitase el dinero desesperadamente, al menos. O que se sintiese obligado a hacerlo, ya fuese por la culpa o por su naturaleza bondadosa... quizá por un poco de ambas, añadió pensando en Rosie de nuevo. Rosie no quería irse, se resistía a dejarla sola con el señor, aunque en cierto modo la temiese casi tanto como a él. Porque si algo había aprendido a sangre y fuego durante su larga vida, es que la gente siempre teme aquello que desconoce. Era totalmente cierto, como que el sol sale y se pone a diario. Y un espasmo de terror cortó de raíz cualquier pensamiento racional.

Lo sintió a través del vínculo de los grilletes de pronto, sin previo aviso. El miedo le atenazó la garganta y únicamente por lo inesperado y ajeno del sentimiento pudo discernir entre si era el suyo propio o de él.

Dolor.

Casi hasta hacerla tambalearse de camino al pasillo, desde dónde le llegó un gran revuelo ocasionado por los gritos de los escasos habitantes de la finca. Y después nada. El vacío, la ausencia. Estaba muerto.

Él estaba muerto.

Cuando llegó al gran salón lo encontró allí, decapitado. Y no supo si llorar o reír. Quizá ninguna de las dos cosas. Ella nunca lloraba y en cuanto a reír... Bueno, a lo mejor lo hubiese hecho de no ser por los dos hombres que estaban junto al cuerpo. Uno enorme -el hombre más grande que había visto nunca, y cabía destacar que había visto muchos hombres-, todo músculo en tensión y nada amable en su oscura mirada. El otro era alto y fibroso, y estaba de espaldas. Semivestidos ambos con pantalones de piel y chalecos a juego, con el pecho al descubierto y descalzos. Ambos del color de la tierra, puesto que a la tierra pertenecían.

—«¡Hurra, hurra, el diablo ha muerto» —recitó el fibroso, con un acento lejano y musical carente de toda alegría—, «*todo el mundo es libre de hacer lo que le plazca!*»

Se giró entonces hacia ella y la traspasó con aquellos ojos negros. Negros como una noche sin estrellas, como pozos vacíos de alma. Y su barba cuadrada era igual de larga que la de su hermano. Y aquellos ojos negros la recorrieron cómo si pudiesen atravesarla -y de hecho podían-, deteniéndose en los brazaletes. Fue hasta allí y la tomó de las muñecas, observándolos con frialdad.

—¿Dónde? —preguntó. Y ella supo a qué se refería.

—En su bolsillo —respondió sin poder evitarlo. Y su voz tembló por primera vez en mucho tiempo.

Él buscó allí dónde le había indicado y dio con la gema, y la conocida sensación volvió a apoderarse de ella; la unión y el vínculo. La satisfacción

absoluta de un trabajo bien hecho. La libertad. Pudo saborearla de una forma salvaje, como él mismo la saboreaba. Y aquella oscuridad insondable en su interior, profunda, como lo eran también sus ojos... Hasta que las barreras se alzaron y sólo quedó ella de nuevo, y la incertidumbre de su destino una vez más. Pero ésta vez era diferente... Lo sabía sin saberlo. Era diferente. Y, mirándolos a ambos, casi deseó que todo siguiese como siempre en aquella maldita casa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él, haciendo girar la gema entre sus dedos con habilidad.

—Hylissa.

Y a pesar de saberlo, Emesh jamás pronunciaría su nombre.

—No me mires a los ojos, te lo prohíbo —sentenció. Y aquella orden quedó suspendida entre ambos, como grabada en piedra. Y así fue durante todos los largos años que estuvieron juntos. Juntos de aquella extraña forma en que lo estaban, unidos por el vínculo y separados por las barreras; las que él alzaba y todas las demás. Su mirada se deslizó al otro hombre, al gigante, y había una mueca cruel en su boca—. A él sí puedes mirarlo, si es eso lo que quieres... —dijo Emesh en voz baja, acercándose más—. Le gusta sentirse correspondido.

Y debía ser cierto, porque Marduk jamás le quitó los ojos de encima.

—«*Lanzó al niño por la ventana. Golpeó a su mujer hasta matarla*» —volvió a recitar canturreando, y ella reconoció los versos—. «*Mató al policía que vino a arrestarle. Hizo que ahorcaran al verdugo en su lugar. Mató a un fantasma y burló al diablo. Pero nunca murió*».

Nunca murió...

Y una amplia sonrisa se fue abriendo camino, semioculta por aquella perfecta barba cuadrada, y seguía allí cuándo la llevó de la mano hasta una de las habitaciones. Y cuando comenzó a tocarla... cuando comenzó a tocarla ella deseó que no se detuviese. Aunque no supo lo que significaba que alguien la tocara de verdad hasta mucho tiempo después... Pero entonces, en aquel momento y a pesar de la oscuridad de su interior... no pensaba en nada más que en la calidez de sus manos.

Calidez, algo que en dos mil años... jamás había sentido.

Capítulo 4

Prólogo: Tercera parte

El Serafín, el Cazador y el Soñador

El serafín

En alguna parte recóndita de Jiansu, China, 1917

Había recorrido el largo camino una vez más sabiendo que lo encontraría allí. Y así era. Pudo presentir a su hermano en el interior del hutong; no le sorprendía que él escogiese una y otra vez aquel lugar apartado de todo, perdido en medio de aquellos jardines perfectamente cuidados. Suspiró con cansancio antes de poner un pie en las escaleras que llevaban hasta las puertas de jade. No por el paseo, si no por lo que encontraría dentro de la casa. Al llegar arriba una de las muchachas lo recibió con una sonrisa y una reverencia que él le devolvió. La siguió al interior y se dejó conducir a través de los patios hasta la estancia principal, dónde Zhou Wong aguardaba.

Zhou Wong regentaba el hutong desde hacía muchos años, pese a que comenzó trabajando en él. Al morir el anterior dueño tomó nombre de hombre e invirtió los ahorros de su vida para comprarlo. Zhou Wong era una mujer mayor ahora, muy mayor. Su cabello era blanco como la nieve y hacía mucho que no lo había cortado. Lo llevaba recogido en el tradicional moño alto, ornamentado con los adornos propios de su rango y su clase social, dejando suelto uno de los mechones perfectamente cepillado, que bajaba hasta pasadas sus rodillas. Y a pesar de su avanzada edad se erguía sin dificultad, con orgullo, levantando la nariz en aquel gesto tan característico en ella. Característico si la habías conocido en sus años de juventud. Sus largas uñas estaban esmaltadas y decoradas con pequeñas filigranas de hilo de oro, al igual que algunos trazos de su maquillaje. Zhou Wong había sido hermosa en su día. Zhou Wong había sido muchísimas cosas pero desde luego, jamás podría decirse que Zhou Wong había sido una mujer respetable.

Y por eso estaba allí ahora.

—No quiere ver a nadie, Emu, ni siquiera a ti —dijo con suavidad y el amago inminente de una sonrisa carente de alegría—. Especialmente a ti, me temo.

—Ya sabes que no me importa lo que quiera o lo que no

—respondió—. He venido a llevármelo y me lo llevaré. Por las buenas o por las malas.

Ella suspiró y se encogió de hombros.

—A estas horas no será ni de una forma ni de la otra... Pasa entonces. Llévatelo. Llévatelo a casa... —repuso con tristeza—. Me mata verlo así, y así es cómo lo veo siempre que viene...

Ella se dio la vuelta un instante y su perfil quedó recortado en el espejo de cristal pulido que tenía detrás. Era una anciana, pero aún conservaba toda aquella belleza que hizo que muchos de los grandes señores de oriente acudiesen a visitarla a ésa misma casa. Sí, los ahorros de su vida eran una fortuna, Zhou Wong no había sido sólo hermosa en su día; Zhou Wong había sido la más hermosa.

—Mi señora... —la tomó de la mano y su piel le pareció como papel de arroz.

—Hubo un tiempo en que lo amé, y sé que fui correspondida... A su manera, él me amaba también —y era totalmente cierto, Emu lo sabía bien—. Me mata verlo así, Emu. Llévatelo a casa.

Y ocultó ya su rostro, de él y del espejo, desapareciendo tras la cortina de seda.

Cuando entró en la gran habitación todo olía al fuerte aroma del opio. Estaba por todas partes y le costaba imaginar cómo era posible que no hubiese salido de allí. No se había molestado en llamar a la puerta, sabía ya que nadie le contestaría. Su hermano estaba bajo el montón de cuerpos desnudos e inconscientes, como cabía esperar; cuerpos masculinos y femeninos, sin hacer distinciones. Su rubia cabellera resaltaba entre las demás, oscuras todas ellas. En los tiempos de Zhou Wong sólo la escogía a ella. A ella y a nadie más. Y no fueron esos los peores tiempos, ni mucho menos. Eran los tiempos en los que a él le pareció que su hermano despertaba por dentro. Sin embargo los años transcurrieron, Zhou Wong se hizo mayor, y llegó el día en que lo rechazó. Y aquí estaban. Unas veces se iba y volvía poco después; otras, en cambio, se iba sin más olvidándose de todo excepto de lo que quería olvidarse.

Y aquí estaban.

Al menos él sabía a dónde ir a buscarlo...

—Vörj...

Las drogas raras veces tenían efecto en ellos, su metabolismo las eliminaba rápidamente. Pero el opio adormecía los sentidos, y a él le ayudaba a dormir. A dormir un sueño sin sueños.

—Vörj —insistió—, vas a venir conmigo, con ropa o sin ella. Tienes diez segundos para decidirte.

Un brazo salió, apartando, abriéndose camino, y un ojo dorado lo miró a través de la maraña de pelo rubio.

—¿Cuántos días llevo aquí? —preguntó somnoliento.

—Seis.

Escuchó el impropio y la cabeza cayó de nuevo, pesada,

rindiéndose ante el único intento de levantarse.

—Lárgate, Emu, pareces una vieja niñera gruñona...

—Vete a la mierda —pasó intentando no pisar a nadie y lo agarró del brazo que asomaba tirando de él—. Vamos, colabora un poco, ¿quieres?

—No quiero, maldita sea, déjame dormir...

—Puedes dormir en casa —repuso en voz alta, aunque sabía que eso no era cierto. No del todo, al menos—. Yo está preocupado.

Vörj suspiró con fastidio y se dejó arrastrar -cómo sabía que sucedería si mencionaba a Yeialel- poniéndose en pie con dificultad. Emu buscó la ropa, encontrándola tirada y arrugada en un montón. Le pasó los pantalones y la camisa de seda, que estaba hecha un desastre. Su hermano se vistió con desgana dejándola desabrochada, puesto que le faltaban la mayoría de los botones. Pasó al aseo a lavarse y cuándo salió, volvía a parecer él mismo... más o menos.

—Estás hecho un asco —le dijo tras mirarlo de arriba a abajo.

—Gracias, es cómo me siento.

Y aunque la respuesta estaba llena de cinismo, realmente lo decía en serio. Y lo confirmó besándolo en la sien cuándo pasó por su lado. Mil años y seguía tan hueco como el primer día, puede que incluso más... Así es como uno se siente cuando le falta una parte de sí mismo. Vacío. Completamente vacío.

Y a su hermano le faltaba la parte más importante...

Salían ya cuando Zhou Wong fue a su encuentro.

—No te vayas sin decirme adiós, niño —le dijo a Vörj con una sonrisa.

Él la besó en los labios y la llamó por su nombre. Su nombre real. Y era al único al que se lo permitía, aún. La besó en los labios y ella permaneció allí, de pie, viéndolo marchar una vez más. Y ya no le quedaban muchas.

* * *

El Cazador

En alguna parte de cualquier parte, 1917

Mil años y seguía sin reconocer al hombre que le devolvía la mirada desde el otro lado del cristal. Era ésa una mirada dura, cómo de acero líquido. Era la mirada del cazador.

Observaba a través de la ventana el transcurrir del tiempo, como cada noche mientras esperaba. Observaba. Su rostro se reflejaba de una forma casi irreal, acentuando esa sensación que tenía frente al desconocido. Frente al cazador. Él -el cazador- vivía entre ambos planos, en aquella zona muerta. Aunque sería más justo decir que sobrevivía, puesto que la vida, en sí misma, tenía muchísimos más matices de los que

su propia vida contenía. Allí todo se veía de otra forma. Era lo más parecido a estar bajo el agua sin estarlo; mortecino, amortiguado. Lento... El transcurso de los años te enseñaba la verdadera diferencia. El tiempo: curiosa ironía para alguien inmortal. Tras el cristal se encontraba a gusto. Estaba excluido del mundo, obligándose a permanecer allí, solo. Siempre observando, siempre vigilante. Era ésa su vida, detrás del cristal.

Las viejas cicatrices le escocían. Siempre le escocían cuando pensaba en ellas, y eso era algo que hacía con demasiada frecuencia. Pero qué otra cosa, aparte de pensar, se podía hacer. Eran la parte física que le hacía darse cuenta de que en realidad las cosas pasaban. Que pasaban de verdad y no únicamente en su cabeza. Porque cuándo dejó a sus hermanos perdió parte de su Gracia. Y ahora, a pesar de que cicatrizaba muy rápido, sus heridas no desaparecían como lo hiciesen antes y quedaban impresas a modo de advertencia. Había que ser cuidadoso, le decían.

Todo allí era frío y solitario así, suspendido en el tiempo, en aquella zona muerta. Sobrecogedor, árido y distante. Pero a la vez... era él. Sobrecogedor, árido y distante. Frío y solitario. Y la ausencia. La ausencia absoluta de todo contacto con sus hermanos... La sentía en su interior, dolorosa como una amputación. Igual de dolorosa que el primer día. Porque a fin de cuentas, desvincularse era una amputación. Porque se sentía mutilado, como si le faltase una parte de sí mismo. Y vacío. Aunque era aquella ausencia lo que había buscado desesperadamente cuando se fue, cuando rompió el vínculo que lo unía a los demás. La había temido y necesitado a partes iguales.

Y cuando se fue le dio miedo perder la cabeza; le dio miedo dudar, el fracaso, la soledad... Les enseñaron a sangre y fuego que no debían temer nada, que no debían dudar. El temor y las dudas estaban prohibidos porque los hacían débiles. Y fueron momentos confusos, aquellos, y tuvo miedo, y dudó, y se sintió solo -terriblemente solo-. Y perdió la cabeza... un par de veces o tres. Pero nunca fracasó. Había superado su prueba. Se había enfrentado a todos sus demonios y los había vencido. Y ahora... Ahora vivía esperando la vibración que indicase que había llegado el momento. La vibración que indicase que algo intentaba cruzar de un lado a otro. Quedaba impresa como una huella dactilar, revelando parte de la identidad del intruso. Lo notaba en las yemas de los dedos; lo sentía allí, como una presión indefinida; le recorría la piel como electricidad estática desplazándose en una onda expansiva. Deprisa, hasta el estómago. Y de alguna forma lo sabía. Sabía dónde estaba. Y allí empezaba la caza.

Cazar era básico, instintivo, primario. No tenía las complicaciones de... la vida. La caza le hacía ver las cosas desde otros ángulos, y eso le daba cierta paz.

Summon se acercó a él, quizá intuyendo su sombrío estado de ánimo. Se frotó contra su muslo en busca de alguna caricia, y la complació como siempre hacía.

El enorme felino era su única compañía allí cuando estaba, puesto que la pantera también necesitaba su espacio. También ella necesitaba

sentirse a solas. Después de todo era su reflejo, hecha de su propia esencia. Ojos grises frente a ojos grises. Grises y turbulentos, cómo una tormenta a punto de descargar... Los ojos de un cazador, en ambos casos.

Regresó a su reflejo en el cristal. Los ojos de un asesino...

Las guerras más cruentas, son las que se libran a espaldas del mundo. Son aquellas de las que nadie conoce su existencia... Y él era la sombra del guerrero.

Y lo sintió. La vibración que indicaba que algo intentaba cruzar de un lado a otro. Quedó impresa como una huella dactilar que le reveló parte de la identidad del intruso. Lo notó en las yemas de los dedos; lo sintió allí, como una presión indefinida; le recorrió la piel como electricidad estática desplazándose en una onda expansiva. Deprisa, hasta el estómago. Y de alguna forma lo supo. Supo dónde estaba.

Y allí empezó la caza.

Porque él era únicamente una sombra. La sombra del guerrero.

* * *

El soñador

El Jardín, mientras todo lo demás sucede

Yeialel soñaba; no en vano le llamaban el Soñador.

Yeialel soñaba, y no eran sus sueños cómo los de los demás. Sus sueños encerraban gran parte de certeza, si sabía encontrarla.

Soñaba.

Se hallaba en ése delicado momento, moviéndose lentamente a medio camino entre la vigilia y el dormir profundamente, como si de recorrer una cuerda floja se tratase, puesto que los pasos en falso lo sumían en la incertidumbre.

Y soñaba.

Soñaba con días oscuros dónde el sol jamás llegaba; con una mujer de ojos verdes y tristes, los más tristes que había visto nunca. No distinguía nada más salvo aquellos ojos, pero estaba seguro de poder reconocerlos en cualquier parte. Ella recorría el laberinto en sombras buscándose a sí misma. Lo recorría mientras una capa de dolor lo cubría todo a su paso, atrayendo a la enorme bestia. Y la enorme bestia la seguía tratando de darle alcance. De darle alcance para destrozarla por

completo. Y ella lo sabía pero no le importaba; porque hacía mucho tiempo que ya nada le importaba. Sin embargo no dejaba de correr. No para evitar a la bestia, si no buscándose a sí misma. Aquella era su obsesión por encima del dolor, que dejaba tras ella cómo un perfume. Un perfume que la bestia seguiría. Y ella lo sabía, pero no le importaba, porque hacía mucho tiempo que ya nada le importaba...

Y soñaba.

Soñaba con días oscuros dónde el sol jamás llegaba; con los ojos dorados de su hermano, que se consumía lentamente. Hueco, vacío, muerto por dentro. Se extinguía como se extingue la llama de una vela, casi sin darse cuenta, mientras dormía su sueño sin sueños. Y una serpiente se enroscaba en su torso con la firmeza del abrazo de una amante. Y los ojos de una hiena, el animal carroñero que espera a que otro abata a la presa en su lugar para devorar los restos, siempre fijos en él. Y la hiena esperaba. Esperaba mientras su hermano se extinguía como se extingue la llama de una vela, casi sin darse cuenta, mientras dormía su sueño sin sueños.

Y soñaba.

Soñaba con días oscuros dónde el sol jamás llegaba; con los ojos grises de Arikel, al que hacía tanto que no veía. Los ojos del cazador, fríos y duros como el acero. Permanecía en pie mirando por la ventana, mientras una larga sombra se extendía, como si fuese la suya propia, pero no lo era. Y anidaba en su interior y se alimentaba de él. Pero su hermano, lejos de darse cuenta, la dejaba pasar. Y se había hecho fuerte... Con los años, se había hecho fuerte. Pero su hermano, lejos de darse cuenta, la necesitaba. Lejos de darse cuenta, iba en su busca...

Y soñaba.

Soñaba con días oscuros dónde el sol jamás llegaba; con los ojos cobres de Emu y su pelo rojo como el fuego, puesto que de fuego estaba hecho. Lo esperaba al final del camino, como lo esperaba siempre. Siempre desde que se conocieron. Y cuándo por fin lo alcanzaba, Él se llevaba el dedo a los labios pidiéndole silencio.

—Si no vas a quedarte —susurraba—, prefiero que él no te vea...

Y soñaba...

Soñaba mientras los hilos del destino se entrelazaban.

Yeialel soñaba, y no eran sus sueños cómo los de los demás. Sus sueños encerraban gran parte de certeza, si sabía encontrarla.

Si sabía encontrarla...

...Algo estaba a punto de caer cómo la lluvia, y no serían flores.

Capítulo 5

Capítulo 1

Dejar que el tiempo pase sin más

A veces la vida transcurre tan despacio que uno podría olvidar que está vivo. Transcurre tan despacio que uno podría olvidarse de respirar.

Y así habían sido los últimos años para ella; largos, lentos, idénticos unos de otros, sin posibilidad de diferenciarlos en modo alguno. Sin absolutamente nada que alterase ésa línea recta que era su vida. Ésa línea recta por la que estaba obligada a caminar... Porque ya no recordaba cómo era no sentir el tirón de la obediencia; cómo era hacer algo por decisión propia. Y quizá no lo recordaba porque no había nada que recordar, puesto que su vida había concluido antes de haber comenzado siquiera.

Observó los brazaletes de sus muñecas: estaban forjados con un metal que no existía en éste mundo; plateados y salpicados de inscripciones en una lengua perdida en el tiempo. Eran bonitos, podrían haber pasado por una joya, pero la realidad es que estaban muy lejos de serlo. Eran unos grilletes y nada en éste mundo -ni en el otro- podría romperlos jamás.

Se recordó a sí misma que las cosas podían ser peores. La verdad era que, teniendo en cuenta su pasado, no podía quejarse del presente. No todos habían sido tan... considerados. Bueno, no era esa la palabra que ella utilizaría para referirse a él, pero es que tampoco existía una palabra que pudiese definir aquella relación.

Casi cien años... Habían pasado casi cien años.

Y seguía encerrada en aquella casa.

Salvo que ésta vez estaba sola.

Sola con ellos...

Contempló con nostalgia los campos tras el cristal de la ventana; él no le permitía salir de la casa y no había pisado el exterior en todo ese tiempo. De su vida anterior, añoraba recorrer el laberinto, añoraba la oscuridad que albergaba y a sus habitantes de piedra. Después de todos esos largos años sentía su pérdida como la de un ser querido puesto que, a su manera, el laberinto estaba vivo. Lleno de cruel desesperación, al igual que ella. Por eso se había sentido como en casa paseando entre sus paredes, entre los salvajes setos y la espesa maleza. Era aquel el lugar dónde el dolor de su corazón iba más allá y se hacía tangible y ella, de

buena gana, hubiese soportado una paliza a cambio de salir fuera una vez más y recorrerlo. Recorrer aquel tupido camino de angustia y pesar, de desolación y miedo. Recorrerlo con los pies descalzos sobre el húmedo musgo que nunca veía la luz del sol. Sí, pensó, hubiese soportado la fusta con tal de salir fuera de aquella maldita casa... Lo hubiese soportado a él, el peso de su cuerpo inflexible y la brutalidad con que la montaba, como si de una de sus yeguas se tratase. Todo por huir de allí, por sentir el aire fresco en la cara una vez más. Cualquier cosa era mejor que morir de desidia encerrada para siempre.

Emesh no era violento, al menos no con ella... Aunque tampoco importaba demasiado. Porque después de tanto tiempo siendo una esclava, nada importaba ya demasiado. Existían, en cambio, otras muchas formas de crueldad peores que la violencia, o a ella así se lo parecía. Hubiese soportado mucho mejor cualquier tipo de castigo, incluso el encierro, si en algún momento le hubiese dado la impresión de que ella significaba algo para el sumerio. Pero, por supuesto, ella no significaba ni lo más mínimo, no significaba absolutamente nada. Porque uno no se interesa por un objeto, simplemente lo posee. Y él no se interesaría jamás por nadie, puesto que cualquier clase de sentimiento estaba fuera de su naturaleza. Eran, los sentimientos, algo completamente ajeno a él. Se mostraba complaciente, si ella lo complacía. Complaciente del único modo en el que podía serlo. Puede que en ocasiones, si estaba de buen humor, se mostrase incluso amable. Pero a estas alturas ya lo conocía lo suficiente como para saber que aquellos estados de ánimo nada tenían que ver con ella; eran únicamente un eco, un reflejo volcado sobre un receptor que bien podría haber sido cualquier otro. Porque uno no se interesa por un objeto, simplemente lo posee. Y durante mucho tiempo Hylissa había deseado que la poseyese. A pesar de la oscuridad de su corazón, lo había deseado. Se había conformado con eso porque conformarse era sencillo; sumamente fácil para alguien como ella. Porque las manos del sumerio eran cálidas, a pesar del aterrador frío que anidaba en su interior. Cálidas de una forma que no había conocido hasta entonces. Y su boca, pese a no estar hecha para besar, le había enseñado que aún había cosas que tenían sentido. Y durante aquellos breves momentos, le parecía imposible que aquella misma boca que la abrasaba de placer pudiese ahogarla en esa desgarradora apatía. Sí, se había conformado, había aceptado su destino por la fuerza de la costumbre. Pero ya no. Ya no... El tiempo había pasado. Había pasado y sólo dejó cenizas.

Apartó aquellos pensamientos y se centró en la única novedad destacable que había tenido durante sus casi cien años de aislamiento: un hombre había venido a la casa para hablar con él. No era la primera vez que venía, en realidad, pero la primera no pudo verlo. Él le había ordenado que no saliese de su habitación, así que aquella vez no pudo ver de quien se trataba. Y ahora... Ahora quería ver qué clase de hombre se reunía con los dos sumerios; qué clase de hombre entraría en aquella casa por su propio pie. Hylissa había permanecido apartada, había evitado a

propósito el contacto con Emesh porque no quería ser confinada a su habitación de nuevo, recordarle que existía. No quería que le diese alguna orden que le impidiese escuchar lo que el desconocido tenía que decirles. Se había quedado en su cuarto hasta que se aseguró de que los tres estaban en el salón, y después había salido a hurtadillas.

No podía sentir las emociones de él a través del vínculo de los brazaletes, pero sólo porque sabía ocultárselas levantando muros a su alrededor. Algo que ella no podía hacer, así que había tenido que aprender a camuflar las suyas. Cuándo salió lo hizo tratando de contener los nervios puesto que, si él lo notaba, sabría de inmediato que estaba haciendo algo indebido. Respiró hondo en el pasillo e imaginó que iba a cualquier otra parte en lugar de a espiar a escondidas. Porque no le importaba demasiado lo que sucediese dentro o fuera de la maldita casa, aunque la visita fuese un hecho sin precedentes -para ella-, toda una novedad... No, Hylissa no lo hacía por la novedad que, de repente, representaba un invitado dentro de su reclusión; ni siquiera lo hacía por curiosidad; lo hacía simplemente porque no debía. Porque Emesh se lo prohibiría de inmediato, de saberlo. Y porque, por encima de todo, el pequeño acto de rebeldía transcendía ésa línea recta por la que estaba obligada a caminar. Porque aún podía tomar decisiones por pequeñas e insignificantes que estas fuesen, aunque se hallasen dentro de las lagunas sinuosas de la obediencia que le debía. Aún podía tomar decisiones.

Se deslizó de puntillas hasta la puerta entreabierta, dejando que el enorme espejo de pie del recibidor reflejase la escena del interior para ella. El hombre estaba muy cerca pero eso no la asustó. Lo observó con cuidado de no ser descubierta, absorbiendo cada detalle. Era atractivo, pero de una forma despiadada. Se lo decían sus ojos, que se asemejaban a los de un animal carroñero. Ojos verdes, muy claros, cómo el color del mar a orillas del mediterráneo; del color de aquella playa dónde ella creció. Casi iridiscentes, como dos ópalos. Alto como el propio Emesh, tenía el cabello más largo que había visto nunca en un hombre; liso y pálido, de ése rubio que está a un paso del blanco. Sus ropas eran sencillas, propias de su pueblo; una amplia camisa blanca que parecía de seda y pantalones del mismo tejido y color, y los bordes de ambas prendas estaban rematados por hilo de oro. Ropas sencillas pero de calidad. No se había molestado en ponerse algo adecuado a la época o el momento. Raras veces lo hacían, puesto que pasar inadvertidos era algo tan ajeno a ellos como los sentimientos en el sumerio. En general, tenía el aspecto regio de quien está al mando de todo, y parecía sentirse frustrado por no poder mandar allí también. Porque allí no mandaba nadie que no fuese Emesh.

Parecían conocerse desde hace tiempo, puede que más, incluso, de lo que ella llevaba con los sumerios. Había cierta familiaridad en su trato, aunque desde luego no parecían amigos. Porque los hombres como ellos, no hacen amigos. Eso era algo que ella sabía bien, puesto que había pasado toda su vida entre ése tipo de hombres. Y éste en particular, era de la clase de hombre que no piensa en nada bueno. Lo supo al

contemplar sus ojos glaucos y fríos; lo supo en su corazón. Pegó la espalda a la pared y dejó de mirar para centrarse en escuchar la conversación. A fin de cuentas, eso era lo importante...

—Deja de preocuparte, todo está listo —decía Emesh—. Elegiré uno de los sitios que suele frecuentar y lo esperaré allí. Antes o después... él vendrá a mí. Sin saberlo, vendrá a mí...

—Cómo quieras —la voz del desconocido sonaba tranquila, todo lo tranquila que podía sonar en presencia del sumerio—. Ignoro dónde puedes encontrar al cazador...

—No necesito que me digas dónde está, será el serafín quien lo haga.

—Él jamás te lo dirá —aseguró con rotundidad.

—Me lo dirá. Lo quiera o no... Me lo dirá —Hylissa no podía verle la cara, pero sabía que estaba sonriendo. Conocía aquella sonrisa mejor que nadie y sintió como se le erizaba el vello del cuerpo en respuesta—. Al final, de una forma o de otra, todos hablan. ¿Lo quieres vivo? Al cazador, digo. Vivo, ¿o te bastará con mostrarle su cuerpo?

—Me bastará con mostrárselo.

—Bien, mi hermano no tiene muy clara la línea que separa la vida de la muerte, a veces... Necesito el nombre del serafín, Viktor —dijo Emesh con persuasión, acariciando las palabras de aquella forma dulce en que solía acariciarlas—. Su nombre real.

Se hizo una larga pausa en la que ninguno de los dos habló. Una larga pausa que el sumerio rompió.

—Pretendes que lo mate por ti, ¿y te pones quisquilloso por un simple nombre? Hace mucho tiempo que cruzaste esa línea, primo. Mucho tiempo.

—Viridiel —claudicó éste con un suspiro—. Su nombre es Viridiel.

—Viridiel... —ronroneó complacido—. Es un placer...

Y volvía a sonreír de nuevo.

Y así comenzó todo...

* * *

...Y así comenzó todo.

Y Yeialel se agitó en sueños una vez más.

Se agitó en sueños y, por primera vez en mucho tiempo, cuando despertó no consiguió recordar lo que había soñado. No lo recordaba, pero sabía a ciencia cierta que aquellos sueños guardaban relación con los que lo habían asaltado durante esos casi cien años. Eran sueños oscuros, impregnados de traición, que se deslizaban dejando un rastro de fría inquietud e incertidumbre en su corazón. Una sensación de pérdida lo arañó en lo más profundo y ése frío, que no cesaba, se hizo aún más intenso en su interior; cortante, como esquirlas de hielo. Tenía el regusto metálico y amargo de la sangre y las lágrimas en la boca. La sangre de

sus hermanos, y sus propias lágrimas, puesto que por ellos había llorado. El regusto de la muerte, que sabe a cenizas, y que los seguía como una sombra a la que es difícil ver, pero de la que aún es más difícil esconderse. Y quería ir más allá, pero no podía. No se le permitía ver lo que ocultaban aquellos sueños recurrentes, y aborreció todas aquellas veces que había deseado no saber; no soñar; desconocer por completo lo que les deparaba el futuro... Y ése miedo que se colaba en su interior cada noche, desde hacía semanas, estaba allí de nuevo. Y se había hecho mucho más fuerte. Había arraigado en sus entrañas, creciendo como una oscura enredadera. Y como cada noche, se sintió impotente y desesperado.

Se levantó y salió al patio; respiró el suave aroma de las flores tratando de despejarse. Emu estaba allí, sentado en el banco de piedra, semioculto por las sombras, y caminó en su dirección. Él le hizo sitio a su lado, como siempre, y sus manos se enlazaron. Apoyó la cabeza en el hueco de su hombro y suspiró cansado.

—¿Nada? —preguntó su hermano. Negó en silencio, derrotado.

—Está bien, Yo... —susurró Emu, acunándolo con suavidad.

—No, nada está bien... Tienes que ir a avisarle, Emu.

—¿Avisar a quién?

Yo levantó la cabeza para mirarlo a los ojos frunciendo los labios. Su hermano conocía de sobras la respuesta.

—A Vörj, claro —le dijo ignorando ése detalle.

—Claro. ¿Y qué se supone que voy a decirle? —repuso Elariel frustrado. Cuando los sueños comenzaron, hace unas semanas, lo envió en busca de Viridiel. Quiso que lo trajese de vuelta a su hogar, con ellos. Pero Viridiel se negó, por supuesto. No quiso saber nada. Y ellos se temían que su reticencia se debiese al deseo de que los sueños lo alcanzasen, por fin. Tampoco atendería a razones esta vez, pero a pesar de ello... tenía que seguir intentándolo.

—Dile que todo ha comenzado. Dile que está en peligro, que él lo está buscando. Que los busca a ambos...

Yeialel sentía una fuerte necesidad de tener cerca a Vörj, de protegerlo de la forma que fuese. Sin embargo no conseguiría ni lo uno ni lo otro. Unos días atrás se planteó la posibilidad de ir a su casa con Emu, como hiciesen tantas otras veces, pero no lo hizo. No lo hizo porque allí, en su tierra natal, su don era mucho más fuerte. Y necesitaba que lo fuese. Necesitaba que los sueños le enseñasen el camino. Aunque hasta ahora... solo veía oscuridad.

Capítulo 6

Capítulo 2

Lejos de todo

Pocos placeres de verdad, que pudiese considerar siquiera, le quedaban. De la mayoría había hecho una rutina y ya no constituían el desahogo que esperaba de ellos. Pero esto, pensó mientras se llevaba a la boca el último beignet, esto se encontraba casi a la cabeza de los que contaban. Casi. Las cosas podían ir mal, podían desmoronarse a su alrededor... Pero siempre había sido capaz de disfrutar de los pequeños y escasos momentos de satisfacción total. Y aquel, sin lugar a dudas, era uno de esos momentos. Y lo degustaba con verdadero deleite, dejando que se le deshiciese en la boca, cuando reparó en él.

Caminaba por la calle despacio, sin ser visto. Moviéndose entre ambos planos, la cadencia de sus pasos llena de costumbre. Llevaba los pies desnudos y su cuerpo cubierto únicamente por un pantalón de cuero gastado y un chaleco a juego, que dejaba a la vista el enorme tatuaje de una serpiente enroscada en su brazo izquierdo. En su cintura ceñía las fundas de una espada corta y una daga curva, y lo más llamativo era la gema que colgaba de su cuello, roja como la sangre, totalmente fuera de lugar en él. Adornaba su rostro con una larga y perfecta barba cuadrada, que se dividía en cientos de pequeños rizos pulcramente separados y pulidos. Una barba peculiar que dejaba claro su origen sumerio. Y por un momento aquellos ojos negros como una noche sin estrellas tocaron los suyos. Y encontró en ellos reconocimiento, haciéndolo dirigir la mano en un gesto instintivo hasta el lugar dónde reposaba la hoja, enfundada sobre sus riñones. Puesto que lo buscaba a él; aquel hombre lo buscaba a él y lo había encontrado.

Le hizo el extraño una seña con la cabeza, dándole a entender que quería que lo siguiese algo que, siendo sinceros, hubiese hecho igualmente. Se dirigieron, en completo silencio y manteniendo el uno del otro una larga distancia prudencial, a un lugar más alejado de la multitud y el ajetreo propio del barrio francés. Más cerca de los inquietantes pantanos que bordeaban la ciudad. Es una de las cosas que Nueva Orleans ofrece, la posibilidad de ver dos caras completamente diferentes entre sí: la luz y la oscuridad, contrastando como ellos mismos contrastaban; tez oscura como la propia tierra, frente a la palidez de la suya; cabello negro como el ala de un cuervo, frente a los suyos rubios tocados por el sol; ojos negros como pozos sin alma, frente a los suyos, de un dorado que lo iluminaba todo. O al menos, lo había iluminado en su día. Pero ya no.

Ya no.

Lo siguió hasta que se detuvo en medio de ninguna parte, lejos de todo. Se sintió desnudo sin su espada, pero nunca se la llevaba cuando salía. A menos, claro, que supiese a ciencia cierta que la iba a utilizar. Hoy no había tenido esa certeza y probablemente lo iba a lamentar. Recordó lo que Emu y Yo le habían dicho; los sueños, la insistencia del peligro que representaban... Recordó la serpiente, a la que su hermano temía, fijándose en la que el hombre tenía tatuada en el brazo, y sus pensamientos regresaron hasta su arma de nuevo, que descansaba tranquilamente en su casa. Tendría que conformarse con lo que había, y eso no le preocupaba demasiado.

El sumerio esbozó una amplia sonrisa que quedó semioculta por aquella barba cuadrada cuando lo vio sacar la daga sin intención alguna de esconderla. Él dejó su espada corta en la funda y sacó el cuchillo curvo de su cintura, dejándolos a ambos en igualdad de condiciones, obligándolos a la cercanía de los filos. Lo miró nuevamente a los ojos, encontrando el reto esta vez. El desafío. Y aquello, lejos de asustarlo, lo hizo sentir vivo por dentro, puesto que él mismo lo deseaba también. Deseaba medirse con ése hombre, dejarse llevar. Y eso lo hizo pensar en Arikel, su hermano, ya que el ansia del reto era más propia de él que suya, y la sensación familiar de agonía lo recorrió una vez más. Y ahí estaban; y no le importaba qué es lo que podía querer el desconocido de él. No le importaba ni lo más mínimo. E identificó aquella sensación de indiferencia cómo algo contra lo que no lucharía hoy aunque llevase muchísimo tiempo haciéndolo, más por los demás que por sí mismo. Y se adelantó para salir en busca de su destino, fuese éste el que fuese.

Se tomaron el pulso primero en un frenético intercambio inicial dónde se dio perfecta cuenta de que el sumerio estaba a la altura de sus expectativas, tal y como había sospechado que estaría. Vörj siempre parecía tener muchas expectativas y era terriblemente decepcionante que la mayoría no se cumpliesen. Pero hoy no sería el caso.

La humedad de los pantanos se les pegaba al cuerpo mezclándose con el sudor, y fue para él el placer de la primera sangre cuando descargó un golpe con el filo de la hoja que le hizo al desconocido un corte en el labio. Un corte que le hizo llevarse la mano allí y retirarla, con asombro, manchada de sangre. La suya; algo que aquel hombre parecía no haber visto jamás hasta de ése momento. Y sus ojos perdieron el brillo juguetón y se volvieron duros, tomándolo ahora en serio. Algo que, de no ser orgulloso como era, hubiese hecho desde el principio. Arremetió contra él con furia una y otra vez; y una y otra vez él paró los golpes y los devolvió. Y así, tratando de agotarse mutuamente, se dilató el tiempo sin que se diesen cuenta. Hasta que el hombre dejó escapar un suspiro exasperado antes de acercarse de nuevo. Y cuando lo hizo, cuando estuvieron nuevamente enlazados cuerpo a cuerpo, pronunció su nombre. Su nombre verdadero; y tan pocos eran los que lo conocían, que le llenó la boca de bilis al darse cuenta de lo que eso significaba.

—Viridiel... —repitió el sumerio una segunda vez.

Y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para hacer a un lado el deseo de someterse. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para mantener abierto el lazo con el que aquel extraño pretendía doblegarlo. Y aprovechó ése momento de triunfo en el hombre para hundirle la hoja en el vientre y retorcerla con fuerza, pegados como estaban, como si de un solo cuerpo se tratase. Los ojos negros del desconocido se abrieron de par en par, en una mezcla de sorpresa y dolor. Y pensó que lo tenía hasta que sintió la picadura en su hombro, afilada como un punzón. Y fue entonces cuando reparó en que la serpiente se mecía despacio, enroscada en el brazo del sumerio, semienterrada en la piel oscura. Y hubiese jurado que el animal sonreía con indolencia. Se apartó de él empujándolo con fuerza y retrocediendo, preguntándose a qué se debería la sonrisa bajo la barba que él sí mostraba abiertamente perfilada con el desprecio de quien se sabe vencedor. Y lo comprendió enseguida cuando comenzó a sentirse entumecido y mareado. Trató de respirar despacio, de calmar su corazón, que transportaba con cada latido el veneno del áspid acelerando el proceso, paralizándolo poco a poco, adormeciéndolo. Y se lanzó sobre aquel extraño que tan bien lo conocía a él con la serenidad, en su caso, de saberse un hombre muerto.

* * *

La sonrisa había dejado paso a un ictus tenso; el serafín era hábil en la lucha, tal y como le había dicho Viktor. Muy hábil, en realidad, mucho más de lo que le había concedido en un primer momento. Aún aturdido por la toxina le había dado serios problemas, hasta que no pudo aguantar más y cayó. Y le costó. Le costó tanto que llegó a pensar que lo superaría, o que lo mataría intentándolo. Pero estaba algo más torpe y lento, y la fortuna —envuelta en sorpresa— le había sonreído hoy a él.

Emesh se acercó al serafín; le dio una patada a su espada, ahora tirada en el suelo, para alejarla de él. Respiraba entrecortadamente, inhalando con esfuerzo en cortos estertores, los bronquios casi cerrados ya a causa del veneno. Estaba de rodillas, tratando de verlo a través de sus ojos entrecerrados, una posición que le provocó una satisfacción infinita. Le pesaban los párpados pero luchaba por no ceder. Aún ahora, luchaba. Y no había miedo en aquellos ojos dorados; ojos de león. Pero hasta los leones caen de vez en cuando. Ananta había vuelto a ocupar su lugar bajo la piel. La sentía allí, deslizándose perezosamente, con la cautela aún tras la bífida lengua. No te confíes, decía, no te confíes...

Contempló la herida de su vientre: una herida fea que le llevaría un tiempo sanar. Puso la mano sobre ella apretando y el dolor le hizo tensar los músculos. Emesh se agachó para poder mirarlo de frente; utilizó su cuchillo para cortar la camiseta que éste llevaba, dejando al descubierto un pecho pálido comparado con el suyo, y le hizo un corte profundo en el mismo sitio dónde el serafín lo había herido a él. La sangre fluyó, preciosa como el oro o aún más, puesto que encerraba mucho más poder si se sabía extraer. Introdujo los dedos en la herida abierta y se los llevó a los

labios, degustándola. Él lo miraba con el ceño fruncido, al borde de la inconsciencia, sin comprender por qué no lo remataba de una vez, supuso. Y terminaría lo que había empezado... Pero no sería en aquel momento. No antes de que arrastrasen ante él el cadáver del cazador; el cadáver de su hermano. Ése era el trato.

—Duerme, Viridiel —le dijo en un susurro.

Y sintió el tirón del nombre, vencido como estaba. Vencido para obedecer. Y el dominio que podía tener sobre él le recorrió las entrañas; la espina dorsal, como una descarga eléctrica. Y sintió el impulso de gritar, de extender las manos y parar el tiempo; de hacer algo primitivo y visceral. Y de no ser por el maldito trato que lo obligaba, por la sangre, de la misma forma que obligaría él al serafín a renunciar a su voluntad, hubiese consumido su corazón allí mismo. El corazón de un guerrero. El corazón del león.

Tumbó al serafín en el suelo cuando cayó en un sueño profundo. Necesitaba darle forma al hechizo... Pero antes se concentró en procurar que su propia herida dejase de sangrar. Se hizo a sí mismo un corte en la palma de la mano y alzándola recitó las palabras. Fue doloroso, la regeneración siempre lo era. Resultaba más doloroso cerrar una herida que abrirla, pensó con ironía mientras apretaba los dientes y su frente se perlaba de sudor; mientras su interior se agitaba con espasmos sordos, mientras sentía como si una espada al rojo vivo lo atravesase una y otra vez. Y decidió que era una lástima no poder devolverle el favor al serafín, no poder mostrarle el verdadero significado de la palabra dolor, usada casi siempre en un tono ligero, encontrándose él mucho más allá de todo en aquel momento.

Y después comenzó. Tejió el hechizo con la sangre de ambos; entrelazándolas, uniéndolas en un vínculo. Un vínculo que le diría lo que necesitaba saber; un vínculo que lo llevaría hasta dónde necesitaba ir; un vínculo que los uniría a los dos a través del tiempo y la distancia. Aunque el tiempo fuese breve, como lo sería la vida del serafín desde aquel momento.

Después de todo, los lazos de sangre no se rompen con facilidad...

Capítulo 7

Capítulo 3

Vínculos

La nueva presencia la había pillado totalmente desprevenida. La sentía a través del fuerte vínculo que la unía a Emesh; el vínculo de los brazaletes. Palpitaba en un segundo plano, lejana como la de Marduk. Suave como el roce de una pluma, latiendo delicadamente de forma lineal y débil desde algún punto impreciso de la casa. Una presencia desconocida para ella. Emesh había regresado, y no lo había hecho solo.

El sonido rítmico de los tacones contra el suelo de madera conseguía de algún modo tranquilizarla. Caminaba por el largo pasillo hasta llegar al extremo y daba la vuelta. Una y otra vez. Llevaba puesto uno de los minúsculos vestidos que él había escogido. No era su estilo en absoluto, pero eso no importaba. A fin de cuentas, vivía para cumplir su voluntad. Sospechaba que Emesh elegía su ropa únicamente con el ánimo de darle a entender quien estaba al mando. Ella detestaba aquellos vestidos y por eso debía llevarlos. Uno de sus pequeños pulsos de poder.

Había salido dejándola a solas con su hermano tres semanas, y hoy... Hoy, aquello que había ido a hacer había dado sus frutos. Durante un buen rato, y para su sorpresa, él había dejado caer las barreras. Estaba lejos y pudo sentir con claridad su expectación y el ansia de la lucha en su interior. Después, la adrenalina recorriéndole –recorriéndola–, sorpresa, frustración, dolor, triunfo... Satisfacción. Y bajo todo eso una rabia ciega que lo invadía. La sintió de una forma salvaje y visceral; la rabia de verse sujeto a alguien; la rabia de tener que pagar por la libertad. Y ella casi sintió lástima por el hombre que había llegado a la casa para tratar con el sumerio, puesto que él no podía percibir aquellos sentimientos. Estaba casi segura de que, de poder, hubiese salido corriendo para no regresar jamás. Miró sus brazaletes con pesar. Sí, entendía bien esa rabia...

Ella lo conocía muy bien, probablemente era la persona que mejor lo conocía después de su propio hermano. Es posible que se escondiese de ella, pero lo conocía. Emesh le había prohibido mirarle a los ojos para ocultarle lo que había realmente en su interior. No quería que le tuviese miedo. Había vislumbrado algo de eso el primer día, antes de que la hiciese suya. Suya en todos los sentidos... Fue leve y pasajero, como una sombra que acechaba tras los párpados. Y eso bastó para que la oscuridad que vio en él la acompañase durante todo éste tiempo. De haber podido ver la clase de hombre que era seguramente hubiese perdido el juicio hace mucho.

Recorrió el pasillo hasta el extremo de la escalera de caracol y se asomó a la barandilla. Marduk estaba allí, observándola, y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se lo veía enorme en contraste con los delicados muebles del salón; su rostro pétreo y sus ojos hambrientos, como de costumbre. También él sentía a su hermano, puesto que estaban unidos a sangre y fuego, y aún más allá, y estaba colérico. No parecía disfrutar de la nueva unión... Su boca, siempre torcida en aquella mueca cruel, estaba ahora tensa en un ictus de impaciencia. Sus oscuros ojos, llenos de desprecio, se le clavaban a la carne como enormes anzuelos que la despedazaban. Ahora ya sabía que aquella mirada iba mucho más allá de alguien en concreto –de ella–. La dirigía a cualquiera que se atreviese a sostenérsela, incluido su hermano. Especialmente su hermano. Marduk, inmenso y vacío, era como una bola de demolición dispuesta a aplastar. Emesh, la cadena que la sujetaba. Y lo cierto es que era una cadena firme y resistente, pero no irrompible... Se llevó las manos al pecho cubriéndose. Se sentía desnuda siempre que él la observaba de aquella forma invasiva. El enorme sumerio siempre parecía concentrado en delinearla con la mente, la devoraba con la vista en cuanto sus caminos se cruzaban. Y de poder escoger, hubiese escogido el desprecio por encima de aquellas continuas muestras de interés. Nunca había pasado tanto tiempo a solas con Marduk, quedarse con él la había llenado de una fría inquietud y escasamente había salido de su habitación durante aquellas largas semanas. Largas y silenciosas, puesto que Marduk jamás pronunciaba ni una sola palabra. Al principio, cuando los conoció a ambos, había pensado que el gigante era mudo. Pero enseguida comprendió que simplemente se trataba de que no tenía nada que decir. Detestaba comunicarse del mismo modo que parecía detestar todo lo demás. Sus ojos seguían fijos en ella, inquisitivos, retándola a retirarse. Y ella mantuvo el contacto el tiempo suficiente como para fingir que no estaba asustada; fingir que no tenía la boca seca; fingir que las piernas no le temblaban. Y se le daba bien eso de fingir, era otra de las cosas que llevaba siglos haciendo. Irguió la espalda y regresó a su cuarto a esperar. Emesh iría en su busca cuando todo hubiese terminado. Porque siempre lo hacía. Siempre acudía a ella.

No llamó a la puerta, nunca lo hacía, simplemente entró y cerró tras él. Estaba cubierto de sangre seca y una herida en el vientre había comenzado a cicatrizar, quedando parcialmente cerrada. Eso explicaba el dolor lacerante que había sentido hace unas horas. Se levantó de la cama y se quedó de pie ante él, con la mirada fija en el suelo, esperando algún indicio de cómo debía comportarse. Lo vio desnudarse de reojo, tirando los pantalones de piel y el chaleco al suelo. La hizo girarse poniéndola de espaldas y su tacto le pareció frío. La empujó hacia el dosel de la cama y la obligó a sujetarse a él. Apoyó la frente en su espalda y respiró profundamente, demorándose unos instantes. Sus manos le recorrieron el cuerpo sin delicadeza, apretando, buscando, amasándole los huesos; con el oficio aprendido de la mano que labra el deseo, sin culpa. Manos de halcón que la escudriñaban. La tocaba hasta memorizarla por completo,

como para tallarla nueva. Apretando, buscando, amasándole los huesos... Hizo trizas el vestido dejándolo caer al suelo, impúdico, como si se tratase de un animal a medio devorar por los insectos. Se hundió en ella con furia, y deseó ver sus ojos negros como pozos de oscuridad salpicada. Y quiso que él dijese su nombre como si significase algo, pero no lo hizo. Como tampoco se sentía un monstruo.

* * *

Cuando recuperó la consciencia una oleada de náuseas lo atravesó. Le costó unos segundos, que se le hicieron eternos, ser capaz de abrir los ojos y centrarse en lo que veía. Estaba tumbado en una cama en una habitación desconocida. No había más muebles ni tampoco ventanas, tan solo un pequeño tragaluz que iluminaba parcialmente el interior y un aseo. Un aseo estrecho en el que escasamente cabría un niño. La única puerta estaba abierta y el aire olía a madera y a rancio. Cuando sus ojos se adaptaron a las sombras, pudo ver el complejo entramado de runas que cubrían las paredes y parte del suelo, rodeando el marco de la puerta y llenando también el umbral. Cruzaban subiendo hasta el tragaluz en intrincados dibujos y volvían a descender como una cascada granate hacia el dintel, atravesando la pequeña habitación a su paso. Todo cubierto por delicadas y perfectas runas sangrientas: estaba bien jodido.

Pero eso no fue lo que hizo que su estómago se encogiese, lo que lo retorció hasta el paroxismo fue sentir bajo su piel la nueva presencia; el nuevo vínculo, entrelazando y fragmentando las esencias de ambos, latiendo en sus venas con la firme cadencia de una tormenta ensordecedora. Boqueó en busca del aire que se le escapaba girándose con fuerza, cayendo de lado al suelo y golpeándose el costado. El dolor lacerante facilitó a los recuerdos abrirse camino de una forma desoladora: el desconocido, la lucha, la serpiente... Palpó en su hombro las heridas circulares, diminutas y ligeramente inflamadas. Su camiseta había desaparecido y el pantalón estaba sucio de restos de barro y sangre seca. Bajó la vista hasta la fea herida en su vientre, cubierta por una gasa limpia que retiró con cuidado. La habían lavado y cosido, y comenzaba a cicatrizar lentamente antes de que la caída la maltratase de nuevo. Necesitaría mucho descanso o a su hermano para cerrarla por completo, y le pareció que no iba a tener ni lo uno ni lo otro. Nunca escuchaba, pensó con acritud. Yeiael había tratado de avisarle, pero él nunca escuchaba...

Y así estaban las cosas ahora.

Trató de incorporarse, pero se sintió tan débil y mareado que dejó de intentarlo al momento, cerrando los ojos de nuevo con fuerza. Quizá si los mantenía así el tiempo suficiente todo pasaría, como una mala pesadilla. Resopló furioso; no podía permitirse el lujo de engañarse. Tampoco podía hacer absolutamente nada aparte de permanecer tumbado allí, como un

perro apaleado. Se preguntó porqué el sumerio no lo había matado ya, y recordó que éste conocía su nombre. Se preguntó cuánto tardaría en conocer la respuesta a esa pregunta, y supo a ciencia cierta que no le iba a gustar conocerla.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido así, paseándose en la semiinconsciencia. Puede que minutos o puede que horas, no estaba seguro de nada. Había gastado sus últimas fuerzas en subirse a la cama de nuevo. No podía relajarse y dormir, pero tampoco podía espabilarse del todo, ni siquiera era capaz de pensar con claridad. Fue en uno de esos duermevela cuando distinguió la nueva presencia tan cerca de él que abrió los ojos de golpe, sobresaltado; él estaba en el umbral de la puerta, con los brazos cruzados y una sonrisa torcida bajo la espesa barba. Había estado casi seguro de que era con el sumerio con quien estaba vinculado. Lo sentía ancestral y atávico, como lo eran todos los suyos; como lo seguirían siendo allá dónde estuviesen. No entró, puesto que de hacerlo, hubiese estado tan atrapado como él mismo. Permaneció allí observándolo, hasta que llegó a creer que se trataba de un sueño febril. Fue entonces cuando habló y su voz, profunda como una caverna, lo llenó todo.

—Viridiel... —arrastró su nombre con placer, como si de la misma forma pudiese arrastrarlo también a él—. Vuestra mayor fortaleza es también vuestra mayor debilidad... Tu padre era un experto en eso.

La sonrisa torcida se amplió un poco más dejando al descubierto una hilera de blancos dientes.

—¿Qué coño quieres? —y la voz ronca que escuchó no se parecía en nada a la suya.

Se incorporó un poco para poder verlo mejor, apretando los dientes a causa del dolor. Puede que también a causa de otras cosas, como la tentadora idea de hundirle aquellos dientes blancos en la boca de un puñetazo.

—En realidad no es nada personal —dijo el sumerio alzando las manos—. O bueno, no lo era hasta ahora... Disfruté enormemente de nuestro encuentro en los pantanos.

Su mano regresó instintivamente a las diminutas heridas circulares del hombro y frunció los labios.

—De ser un encuentro entre tú y yo, tú no estarías en pie a ése lado de la puerta, y yo no estaría aquí tumbado, en el otro. Pero eso ya lo sabes, y es precisamente el detalle que ahora lo convierte en algo personal para ti.

El sumerio se encogió de hombros en un gesto travieso.

—Hermanos de sangre. Irónico, ¿no te parece?

Dejó que un gruñido solitario se deslizase por su garganta al escuchar la palabra.

—¿Por qué? ¿Por qué vincularnos?

Su mente se movía de forma espesa y lenta, pero por más vueltas que le había dado no alcanzaba a comprenderlo.

—La sangre nos habla de una forma mucho más clara que las

palabras —respondió el desconocido—, sólo hay que saber escucharla. Y la tuya me llevará hasta tu hermano.

El frío se extendió por su interior. El frío que presagia un desastre. Ése frío que precede a la muerte; el que seca la garganta y congela las entrañas.

—¿De qué estás hablando?

—Sabes de qué hablo. Eres el único que podría encontrarlo y ahora... yo también puedo. Marduk.

El hombre se giró y le hizo un gesto a alguien que aguardaba tras él. Otro sumerio enorme apareció llenando el hueco de la puerta, contemplándolo con un odio visceral, apretando las mandíbulas hasta casi permitirle escuchar el roce de los dientes en tensión. Era otra de las presencias que sentía a través de su nuevo vínculo. Una presencia lejana, por suerte, puesto que el rencor que se respiraba en aquel hombre lo hubiese golpeado con la misma brutalidad con la que lo hubiesen golpeado sus puños.

—Éste es Marduk, mi hermano, y también el tuyo ahora. Yo soy Emesh. Es justo que si yo conozco tu nombre, sepas tú el mío. Aunque mi padre no le otorgó nada especial. A veces, los nombres son solo nombres.

—¿Y porqué querrían dos *utukku* encontrar a mi hermano? —le preguntó a Emesh, pronunciando aquella palabra ajena con desagrado.

—La pregunta que debes hacerte es para qué. Para qué dos *utukku* querrían encontrar a tu hermano. Yo lo encontraré y Marduk lo despedazará —afirmó tajante su interlocutor, dándole una palmada al gigante en el hombro. Éste se giró en su dirección para mirarlo con el mismo desprecio que momentos antes le dispensaba a él y retrocedió sin decir ni una palabra, perdiéndose de vista enseguida—. Lo despedazará y te traerá sus restos para que los contemples una última vez, antes de unirme a él en la muerte.

Sabía de quien estaba hablando. De todos sus hermanos, sabía de sobras a quien se refería. Era al único a quien, de querer dar con él, debería buscar: Arikel. La angustia casi no le dejaba escuchar lo que el hombre decía, se sentía rígido como un cadáver; un sentimiento muy adecuado, al parecer. Yeialel había tratado de advertirle pero él nunca escuchaba. Y ahora su hermano estaba en peligro y no podía hacer nada para ayudarlo.

—No tardaré mucho en dar con él, porque nosotros no nos imponemos límites, ni dejamos que otros nos los impongan —dijo el sumerio sin tratar de ocultar cierta diversión.

Sabía perfectamente a qué se refería, lo veía al mirar las paredes de su suite: magia de sangre. A ellos les estaba prohibida y, de no estarlo, jamás la hubiesen practicado. La magia de sangre era impredecible, peligrosa. Corrupta. Y es posible que sus hermanos le hubiesen encontrado el gusto a matarse entre ellos, pero nunca lo harían por esa clase de poder. Al menos eso esperaba. Todos sabían lo que implicaba romper las reglas, lo habían aprendido muy bien en su día... El simple hecho de pensar en ello hacía que se sintiese sucio y no pudo evitar que

una mueca de asco se manifestase, anunciada por la tirantez de sus labios.

—Al final, siempre nos une la sangre —recitó Emesh adivinando sus pensamientos—. Procura descansar, después te traerán algo de comer. Que vayas a morir no significa que tenga que matarte de hambre.

Y se marchó dejándolo a solas y conmovido.

Capítulo 8

Capítulo 4

Una cuestión de apariencia

Trató de dormir sin conseguirlo; estaba agotado, mareado y febril por la pérdida de sangre y por el veneno de la serpiente. Eso no lo mataría, pero necesitaba descansar para poder afrontar las cosas en condiciones.

Las cosas.

Las cosas eran su situación actual y la posible muerte de su hermano. Había visto al sumerio. Era enorme, pero en realidad las posibilidades no dependían del tamaño. Ash era un buen luchador, un guerrero, sin embargo el odio que el gigante desprendía era otro cantar. Estaba completamente consumido por él, ciego de rabia, la exudaba a borbotones cuándo sus ojos se centraban en cualquiera, incluido su propio hermano. Cuándo ambos estaban juntos había percibido en Emesh la necesidad de controlarlo, de canalizar ese odio hacia algo útil, de convertirlo en un arma que pudiese esgrimir. Y tenía la impresión de que aquello se le había dado de lujo. Ése odio y el irrefrenable deseo de matar, que Emesh alimentaba con paciencia, sería lo que le daría problemas serios a Arikel cuando se encontrasen. Porque no podía engañarse... se encontrarían. Emesh tenía razón: él podía dar con Ash, podía encontrarlo, si quisiese encontrarlo. Y ahora el sumerio también podía. Cerró los ojos tratando de pensar en otra cosa. En la forma de salir de allí. Y los abrió momentos después al sentir otra presencia en el interior de la habitación.

Ella estaba de pie junto a la puerta, con una bandeja de comida en las manos. Esperaba discretamente a que se diese cuenta de que no estaba solo. El destello anaranjado de aquel cabello, brillante hasta en la penumbra, le hizo un nudo en el estómago. El recuerdo de Eydís se abrió paso en medio de la desolación y, de no estar tumbado, hubiese bastado para postrarlo de rodillas. Los rizos salvajes le caían en cascada hasta la mitad de la espalda, prendiendo el oscuro ambiente como una antorcha. Llevaba puesto un minúsculo vestido verde esmeralda que resaltaba aún más el intenso tono de su pelo, pero que escasamente cubría algunos puntos precisos de su anatomía. La parte superior era simplemente dos tiras que se juntaban bajo el ombligo, unidas en el pecho por una cadena de plata que impedía que se abriese sin más dejando al descubierto un pequeño y pálido busto. Era pequeña toda ella, a pesar de los tacones de aguja que llevaba. Diminuta como una deliciosa muñeca de porcelana; una muñeca de porcelana vestida como una fulana. No encajaba en aquel

lugar y la tristeza la cubría como una pesada manta, embargándola por completo. A pesar de su estado, aún podía leer con facilidad las emociones. Ese era su don, el regalo de su padre. Leer y gobernar las emociones de los demás. Toda una ironía teniendo en cuenta que en la actualidad le resultaba casi imposible hacerse con las suyas propias.

La muchacha caminó hasta la cama y colocó la bandeja en una esquina cuando le hizo sitio. Permaneció a su lado, con la vista clavada en el suelo en todo momento, y se preguntó de qué color serían sus ojos deseando desesperadamente que no fuesen azules. Ninguno de los dos se movió, hasta que al final ella se agachó junto a la bandeja y probó un poco de cada plato, empujándola después en su dirección. Esperó pacientemente a que se decidiese a comer, sumisa, ocultándole aún los ojos, con las manos cruzadas sobre el vientre; claramente incómoda. Y no fue hasta que la mujer echó una mirada rápida en aquella dirección, que no vio al gigante envuelto en las sombras junto al marco de la puerta, y aunque ya no sentía somnolencia quedó claro que sus sentidos sí continuaban adormecidos. El hombre no lo miraba a él; era en ella dónde tenía puestos los ojos, con una mirada diferente a la que le había visto cuándo Emesh se lo presentó. Una mirada inquietante, llena de hambre. La observaba como un sediento contemplaría una jarra de agua en medio del desierto. La observaba, pero no era suya. La mujer pertenecía a su hermano, estaba unida al sumerio de una forma mucho más intensa que Marduk. De una forma física, totalmente distinta a cualquier cosa que hubiese visto hasta ahora. Lo sentía a través de su vínculo con él; ella era la tercera presencia, y le pertenecía en todos los sentidos puesto que podía olerlo en su piel. Vörj se incorporó con cuidado con intención de comer. No había pensado en ningún momento en la posibilidad de que lo envenenasen, Emesh usaría otros métodos más directos cuando se diese el caso.

La mujer salió de la habitación seguida de cerca por el gigante, dejándolo a solas de nuevo. Hasta que casi había dado buena cuenta de todo; regresó entonces con una jofaina llena de agua, toallas y apósitos limpios, y nuevamente esperó. Esperó a que hubiese dejado los platos vacíos para retirar la bandeja y arrodillarse junto a él, sumergiendo una de las toallas en el agua. Acercó las manos a la herida, dejándolas suspendidas en el aire unos instantes en busca de su permiso. Él se arrellanó de nuevo en la cama para dejarla trabajar y para tratar de verle los ojos, aún escondidos tras las largas pestañas, siempre evitando los suyos. Verdes. Eran verdes. Unos bonitos ojos de gata llenos de una tristeza infinita. Volvió a respirar algo más relajado. Se trataba tan solo de un detalle, un detalle que lo había tenido obsesionado durante aquella última media hora. Apoyó la cabeza en el codo y la dejó hacer; ahora ya sabía quién le había remendado el siete con aquellos pequeños puntos perfectamente alineados. Un trabajo concienzudo que había echado a perder al caerse de la cama y golpearse allí. Ella retiró la gasa con cuidado, humedeciéndola con el agua caliente para desprenderla, puesto que había quedado adherida al sangrar de nuevo. Suspiró al ver el estropicio y le quitó los puntos que se habían soltado, sustituyéndolos por

unos adhesivos de aproximación. Cuando hubo terminado la tapó otra vez con una gasa limpia y lo recogió todo, depositándolo sobre la bandeja, dejando la jofaina y algunas toallas más para que pudiese asearse, y salió de allí definitivamente con aquel enorme cabronazo de ojos hambrientos pisándole los talones.

* * *

La finca permanecía ajena al tiempo transcurrido sujetándose intacta, a saber cómo, en medio de los largos años. Estaba exactamente igual que en los tiempos dorados; los tiempos del señor. Aparentemente. Aparentemente seguía siendo lo que era, seguía poseyendo toda su gloria y esplendor. Y, sin embargo, ahora todo era distinto. Distinto de una forma más sutil. Los jardines colindantes estaban descuidados, puesto que nadie se encargaba ya de cuidar de ellos, y el aroma de las flores frescas había desaparecido hace mucho junto a otras cosas. Había sido sustituido por un olor a humedad y a rancio: el olor de la desidia. Los sumerios no habían tocado nada, se habían instalado los tres en la zona opulenta, dónde estaban las habitaciones principales, rodeados de cortinas de terciopelo, alfombras de pieles y sábanas de seda.

Ella lo mantenía todo limpio y cocinaba. Era algo que se le daba bien, puesto que casi siempre había sido parte de sus funciones principales: servir y complacer. Emesh le había dicho que cuidase de aquel extraño, que atendiese sus heridas y lo alimentase. También le había prohibido que lo mirase a los ojos o que hablase con él, y que expusiese los brazaletes en su presencia. Los había mantenido ocultos por la ilusión. Una ilusión que mostraba sus brazos desnudos y que dejó caer cuando salió de la habitación dónde él se encontraba. Crear ilusiones era parte de su herencia genética; el único legado que su padre, involuntariamente, le había dejado. Él era un maestro en el arte del engaño, en el arte de crear quimeras, de enloquecer a cualquiera que cayese preso en el delirio de sus espejismos. Hylissa odiaba a su padre, ignoraba si estaba vivo o muerto pero, en cualquier caso, le odiaba. Aunque esa era otra historia para otro día, y lo desechó de sus pensamientos tan rápidamente como había desechado la ilusión que acababa de romper. Y le resultó sencillo, dado que muchas cosas ocupaban su cabeza por completo en aquellos momentos, como aquel hombre; el desconocido de la habitación del servicio.

Hylissa recorrió la enorme casa hasta llegar de nuevo a la cocina. El extraño estaba alojado en una de las habitaciones del servicio, justo en la parte deshabitada. Estaba cortado por el mismo patrón que todos ellos pero no se parecía en absoluto. Lo que percibía, a través del oscuro prisma de su vínculo con Emesh, no se asemejaba en nada a todo lo que ella había conocido; era lo opuesto a lo que ella había conocido, como una tenue luz al final de un túnel, una pequeña luz cálida y dorada como la de una vela. Era Viridiel, el serafín, aunque ignoraba lo que representaba

exactamente ese título. Y también era, al parecer, un hombre muerto.

Capítulo 9

Capítulo 5

Seguir un rastro

Se materializó en el viejo cementerio y buscó la tumba. Contó las lápidas, todas semiderruidas y sin nombre alguno; la quinta por la derecha, segunda fila. Había pensado en desenterrarlo de una forma más rápida, pero hacer algo manualmente lo ayudaba a pensar. Cogió la pala que había traído y empezó a cavar. Era una tumba profunda, todas solían serlo, y para cuándo dio con la madera del ataúd ya llevaba un rato sudando. Apartó la tierra dejando al descubierto la tapa y la destrozó con la misma pala. El cuerpo que había en su interior estaba semi momificado. Buscó en su bolsillo la piedra negra y se la colocó en la frente; sacó la daga de su cintura y se cortó la muñeca, vertiendo su propia sangre sobre la boca del cadáver y dejando después que el corte volviese a cerrarse. Al momento, aquella boca se abrió exhalando una vaharada pútrida de polvo. Respiró despacio, entrecortadamente, dejando que el aire entrase y saliese de unos pulmones secos como pasas entre agónicos estertores. Esperando.

—Dime el nombre... —pidió Emesh con suavidad—. Dímelo.

Las cuencas vacías no podían mirarle y aún así se giró en su dirección.

—Habla...

Y habló. Porque antes o después... todos hablaban.

* * *

Giró de nuevo las cartas. Lo hacía con mano firme, pero por dentro temblaba como una hoja. Una a una aparecieron todas otra vez, pendiendo sobre ella como una sentencia, confirmando lo que su cuerpo hacía días que le gritaba. Su don era fuerte; lo había heredado de su madre y ésta, a su vez, de la suya. Se remontaba atrás en el tiempo a lo largo de las generaciones, hasta perderse de vista. No había lugar para los errores.

Su abuela lo había sabido, fue la primera en percibir en ella la marca; la marca del oráculo, oculta para casi todo el mundo. Un regalo escaso, un privilegio que pocos poseían. Y ella no había sido la primera en recibir aquella marca. Aunque el don en su familia era fuerte, dos oráculos era algo tan extraño como la oportunidad de contemplar un unicornio. Su abuela lo había sabido; la había mirado a los ojos pocos minutos antes de morir y lo había visto en ellos. Pálidos y macilentos por la enfermedad, ya

no ocultaban la verdad. El reconocimiento la había llenado de inquietud y cuando su mano, desgastada por el tiempo, se aferró a la de ella con una fuerza inusitada que la pilló por sorpresa, el corazón dejó de latirle durante unos segundos que se le hicieron eternos. «La muerte es una transición», le había dicho, «un cambio. Pero a veces, niña, no todos los cambios son para bien». Su abuela no se refería a su propia e inminente muerte, sino a lo que reflejaban las cartas aquella noche.

Suspiró resignada y apagó las velas dejando a oscuras la habitación. Era noviembre y la noche no era fría y, sin embargo, ella se sentía helada y entumecida. Un anticipo, pensó con tristeza; la muerte se extendía como las sombras del tiempo, latiendo con cada segundo que transcurría; acercándola más a su destino. Porque hoy... Hoy no había lugar para los errores. Hoy iba a morir.

* * *

Emesh entró en el apartamento sin necesidad de forzar la puerta, simplemente ésta se abrió para él. Le gustaba aquello: la obediencia, que todo y todos se plegasen a sus deseos, someter a su voluntad. Casi podía decirse que era una necesidad física, el moldear aquello que se le antojase con su férrea mano. Demasiado tiempo había estado privado de todo, viviendo en la oscuridad, entre los Ignotos. En la inmensidad del abismo había aprendido sobre la enormidad de las cosas; allí abajo, en la oscuridad de los sueños. Y allí abajo, en aquella oscuridad, ellos lo habían despojado de todo lo que alguna vez había sido. Habían jugado con su mente, llevándolo hasta la locura una y otra vez; lo habían diseccionado en un millón de ocasiones, desgarrando su carne como si de un simple y vulgar insecto se tratase, mostrándole todo lo que guardaba en su interior; la rabia y el odio que se espesaban como la bilis, subiéndole por la garganta y volviendo a bajar sin la oportunidad de expulsarlas. Y también, todo lo que le habían arrebatado. Porque allí abajo ya no era nada, no era nadie. Y no regresaría. Haría lo que fuera necesario para evitarlo, cualquier cosa. No regresaría jamás. Por eso estaba allí, con los dientes apretados; por eso estaba allí, cumpliendo, indirectamente, los deseos de otro; porque no regresaría jamás.

La mujer le aguardaba acostada en su cama. Tenía los ojos cerrados, pero él sabía perfectamente que estaba despierta y que era consciente de su presencia. La luz estaba apagada, pero hubiese sabido todo aquello sin necesidad de ver nada. Se aproximó a ella tumbándose a su lado, respirando el perfume suave de su cabello, hundiendo la cara en su cuello, que se estremeció con un escalofrío.

—¿Tienes miedo? —le preguntó.

—No a la muerte —respondió ella en un susurro—, a lo que viene después.

—Bien. La muerte es una transición, un cambio. Pero a veces, niña, no todos los cambios son para bien.

La mujer se tensó al escuchar aquellas palabras y él la rodeó con el

brazo por la cintura, bajo las ropas de cama, como si fuese su amante. Aprisionando con firmeza su vientre cálido frente a la frialdad de su propia mano. Intentando recordar lo que era ser como ella, sentir algo aparte del oscuro vacío. Intentando recordar, sin éxito, lo que es estar vivo.

—¿Me va a doler? También temo al dolor...

—No te dolerá si no luchas —le dijo estrechándola aún más contra su cuerpo—, aunque desearía que lo hicieses...

Lo deseaba. Deseaba aplacarla por la fuerza, que se dejase llevar tratando de sobrevivir. Sin embargo ella se había rendido. Lo había hecho mucho antes de que él entrase en su apartamento y la odió por ello, por resignarse de aquella forma. La hubiese golpeado hasta matarla de no ser porque debía hacerlo de otra forma. La necesitaba, y él no estaba acostumbrado a necesitar a nadie...

Había apartado los muebles del salón para dejar más espacio y poder grabar unas runas rudimentarias en el parqué. Cuando regresó a su habitación ella seguía allí, en la cama, completamente laxa. La cogió en brazos y la sacó, depositándola en el suelo, en el centro de los dibujos. Extrajo la daga de su funda y, durante unos instantes, se miraron a los ojos; y la mujer se estremeció de nuevo, pues encontró allí lo que buscaba. Y aún así no se movió. Hizo unos cortes largos y profundos en sus muñecas y dejó que la sangre se extendiese por el suelo mientras esperaba, con avidez, que fuese tomando formas. Humedeció la palma de su mano arrastrándola, esparciendo, dispersando, expandiendo, modelando... Esculpiendo un mapa preciso dirigido por la vibración que emanaba del fluido. Preciso, pero totalmente desconocido para él. Maldijo para sus adentros tomando a la mujer del cuello, incorporándola un poco. Pero ella ya no estaba. Volvió a rebuscar en su bolsillo la piedra negra y la colocó, nuevamente, sobre la frente de aquel cuerpo sin vida.

—No irás a ninguna parte, querida —le dijo al cadáver en voz baja.

Y una vez más se hizo a sí mismo un corte en la muñeca, justo sobre el anterior, que aún semicerrado se apreciaba claramente. Dejó caer la sangre sobre sus labios entreabiertos, usándola para traerla de vuelta durante ese corto espacio de tiempo. Y ella regresó. Lo hizo sin abrir los ojos, como si estuviese aún dormida, y agradeció que no pudiese verlo.

—¿Dónde? —preguntó impaciente al oráculo—Vamos, dime dónde está...

La mujer tembló antes de responder y, cuando lo hizo, tuvo que pegar el oído a su boca para escucharla bien.

Volvió a mirar el mapa, que revelaba lugares ahora. Lugares de aquel punto intermedio que no pertenecía ni a este mundo ni a ningún otro. La zona muerta; el espacio entre planos dónde se hallaba el cazador. Lo memorizó aprendiéndose cada detalle, cada sombra coagulada en el quicio de la noche. Y respiró profundamente deleitándose en el sutil aroma metálico de la sangre, degustándolo al llevarse los dedos húmedos a los labios.

—Por favor... —ella habló, emitiendo un graznido seco que lo sacó

de sus cavilaciones —libérame...

—No volverás a ser libre, Miriam—le dijo con una sonrisa torcida—, nunca más.

Dejó que percibiese su regocijo y sintió su miedo, mucho más allá de la muerte. Y le resultó tan delicioso como su sangre. Rompió la conexión que la mantenía en aquel plano, relegándola a su nuevo hogar en el interior de la intrincada red que siempre lo acompañaba. La red del pescador, pensó, mientras su sonrisa se hacía más amplia. Qué sencillo era todo allí; qué sencillo era todo en el reino del hombre, lejos de ellos. Lejos de los Ignotos.

* * *

El sol había salido y se había puesto tres veces por el pequeño tragaluz de la habitación. Eso significaba que llevaba allí tres días, al menos desde que recuperó la consciencia. Seguía sin poder dormir, aunque eso no era ninguna sorpresa; ya en su casa, sin problemas acuciantes, era incapaz de conseguirlo de una forma natural. Y eso significaba que la herida no terminaba de cicatrizar. A pesar de todo la fiebre había bajado y se sentía algo más despejado, pero no creía que eso fuese demasiado bueno; más despejado significaba darle más vueltas a todo, más tensión, menos descanso.

Maldita sea.

Lo sintió cerca cuando llegó. El sumerio había pasado fuera aquellos tres días, buscando a Ash. Sabía que iría a su encuentro y se le hizo un nudo en el estómago.

—Ha llegado la hora, Viridiel —le dijo desde el otro lado de la puerta—. Te dije que daría con él, y también que sería rápido. Marduk se hará cargo del resto.

Tres días para encontrar a uno de los suyos, uno que sabía muy bien como ocultarse. Sí, sin lugar a dudas había sido jodidamente rápido. Emesh no hizo nada por tratar de esconder aquella sonrisa autocomplaciente, y sintió el impulso de borrarla de un puñetazo. Trató de ahogar la rabia, de mantenerla a raya. No quería que él supiese cuanto le afectaba. No lo consiguió. Permaneció en silencio apretando los dientes y se giró acostándose del otro lado, dándole la espalda y dando por zanjada la conversación.

—Entiendo que no estés muy hablador —repuso el sumerio—, será como deseas.

Y se fue, dejándolo a solas por fin.

Descargó el puño en la pared y la piedra continuó imperturbable. Sus nudillos, en cambio, se resintieron. Recordó la última vez; se partió casi todos los huesos de la mano contra el escritorio macizo de su estudio cuando su hermano se fue. Si le sucedía algo... Cerró los ojos tratando de no ver las cuatro paredes que lo aprisionaban, tratando de sentirse menos impotente, tratando de pensar con claridad.

Tampoco lo consiguió.

Cuando ella regresó con la comida lo encontró en la misma posición: de espaldas. No se molestó en darse la vuelta, aún sabiendo que en aquella ocasión venía sola. El gigante ya no estaba, había salido en busca de Ash. Durante esos tres días sus visitas habían sido idénticas a la primera. No hablaba, no le miraba a los ojos y arrastraba la tristeza de una forma casi dolorosa, incluso para él. Esa sensación aumentó ahora, cuando entró en contacto con sus propias emociones. Lejos de ocultarlas las dejó ir libremente; dejó que se mezclasen con las de la muchacha en un oscuro abanico.

Ella salió en silencio como había entrado, volviendo un rato después para descubrir que no había tocado la comida. No se había movido. No trató de comprobar el estado de la herida, algo que agradeció. No se lo hubiese permitido y no quería desahogarse con ella. En cambio, se arrodilló a su lado y le acarició la cabeza. Fue un ligero roce más que una caricia, que alargó con suavidad hasta llegar al hombro. Él se tensó instintivamente en respuesta y tardó unos momentos en reaccionar; para cuando se dio la vuelta ella ya no estaba. Se preguntó si lo había tocado de verdad o si simplemente lo había imaginado. Se miró los nudillos de nuevo, algo enrojecidos e inflamados, y nuevamente cerró los ojos dejando que el tiempo se le escapase sin poder hacer nada al respecto, pensando en su hermano y en la enorme mole de carne llena de odio que iba a su encuentro.

Sí, las cosas siempre podían empeorar.

Capítulo 10

Capítulo 6

Punto de inflexión

"A veces el hombre no es un hombre, es un niño. Un niño que ha escapado de los lobos. Un animal de las sombras. Invisible, silencioso, que vive en un mundo que nadie ha visto jamás. Un mundo de luciérnagas, vistas solo como un fulgor por el rabillo del ojo, desvaneciéndose al tiempo que vuelves la cabeza."

-Mistic River-

Dejaba que el lápiz se deslizase suavemente por el papel trazando líneas que poco a poco tomaban formas dejando a la vista un rostro femenino. Era algo que hacía tan a menudo que no necesitaba concentrarse; su mano recorría el camino aprendido tanto tiempo atrás. Y fue toda una sorpresa para él descubrirla en aquellos trazos. No era el rostro severo y orgulloso que esperaba, el mismo que lo atormentaba en sueños desde hacía tanto tiempo que casi había borrado todo recuerdo de su vida anterior. No era el rostro de Khara; era la mujer de cabello salvaje y mirada color miel. Se llevó la mano a la cicatriz circular del costado y esbozó una mueca que jamás hubiese pasado por una sonrisa, pero que lo era.

Rebecca.

La presencia irrumpió de forma abrupta dentro de sus límites entre los dos planos, sacándolo de sus pensamientos. Era una presencia desconocida, ajena a él o a cualquiera de sus hermanos; una presencia invasiva. Le inquietaba no identificar su origen puesto que era algo que hacía siempre con rapidez, y cerró los ojos tratando de hacer un sondeo de reconocimiento, topándose de bruces con una barrera que se lo impedía. Fuese quien fuese, había venido preparado. Hizo a un lado el lápiz y el cuaderno, incorporándose y extrayendo los estiletes largos de su funda, que descansaba en la tabla que le hacía de mesa. Se concentró en cargar las runas de su cuerpo y salió. Siguió el rastro que le llevaba hasta allí, claro y fresco, dejado a propósito para que lo encontrase. La presa no se había movido y supo que lo estaba esperando. No se equivocaba: dejaba que fuese él el que se aproximase avanzando despacio, tomando la

iniciativa.

El extraño se encontraba de espaldas a él cuando se acercó. Era un hombre enorme, casi el más grande que había visto en su vida. Vestido únicamente con unos pantalones de piel marrones, sus hombros, musculosos y anchos como los de un toro, estaban visiblemente tensos. No por la expectación previa a un combate, simplemente parecían no poder hallarse de otro modo. Emanaba ira de cada uno de sus poros de una forma tan intensa que estaba seguro de que era eso lo que había usado para marcar el rastro que lo había llevado hasta allí. Detuvo su escrutinio unos instantes en la espada corta que colgaba de la funda de su cadera. El desconocido se giró, y cuando se miraron le pilló por sorpresa la seguridad que desprendía; había venido a matarlo y estaba completamente convencido de que lo iba a conseguir. El filo de su espada estaba impregnado de un veneno que podría complicarle las cosas, por si la manufactura del arma no fuese bastante, lo había visto en aquellos ojos negros llenos de rabia. Contempló después sus propias armas: los estiletes eran largos pero no lo suficiente. Iban a desenvolverse en distancias cortas, quizá demasiado cortas teniendo en cuenta el tamaño de aquel hombre, pensó. Estaba seguro de que le iba a costar contenerlo. También vio otras cosas en sus oscuros ojos, cosas que resquebrajaron su propia voluntad. Un atisbo de temor, algo que hacía mucho que no sentía, se abrió paso en su interior. No tenía miedo a la muerte, pues era algo tan natural que nunca se había parado ni a pensarlo; temió por lo que estaba por llegar y por todo lo que eso implicaba. El sumerio le dedicó una sonrisa cruel y llena de desprecio. Sabía de sus dotes de lector, por supuesto. Parecía saberlo absolutamente todo de él... Marduk se llevó un dedo a la sien dándose unos golpecitos, invitándolo a seguir compartiendo ese lazo de unión íntima que había creado entre ambos. Marduk. Así se llamaba.

Había identificado sus raíces antes de verle la pulida y larga barba cuadrada. Los abalorios con los que adornaba su trenza, que descendía hasta la mitad de la espalda, lo delataban. Era la primera vez en muchísimo tiempo que se cruzaba con uno de sus primos. Los hijos de Baal fueron castigados; desterrados, convertidos en demonios ávidos de la sangre de dónde extraían su magia. Una magia prohibida... Y uno de sus propios hermanos, uno de sus serafines, lo había sacado del oscuro abismo que habitaba con la intención de castigar a alguien. Alguien muy importante para él, a pesar de que hacía mucho que no tenían ningún contacto. Veía sus intenciones claramente porque Marduk se lo permitía, y porque era una forma de entregarle su mensaje, pero más allá de eso, nada. El hombre extrajo la espada de su funda y se preparó. Él ya tenía los estiletes en las manos, así que creó un escudo de vacío en la muñeca izquierda del tamaño justo para que no consumiese todo el poder de las runas de su brazo, y se concentró en mantenerlo. Con éste en alto para cubrirse, salió a su encuentro. Enseguida descubrió que era rápido pese a su tamaño. Muy rápido.

Los dos se movieron como sombras en aquel vacío, parando y

arremetiendo, golpeándose cuando se acercaban lo suficiente al otro; siempre intentando sorprenderse buscando huecos abiertos. Le asestó una patada en el costado que le hizo soltar el aire y el gigante se adelantó con la hoja en respuesta, y hubiese penetrado la carne de no ser por el escudo. La energía de las runas se estaba desvaneciendo y el sumerio no le daba cuartel para concentrarse en cargarlas de nuevo. No quería gastarla toda, así que tendría que prescindir de él en cualquier momento; una decisión que lamentaría, dadas las circunstancias. Cargó con todas sus fuerzas y le golpeó en la mandíbula con el escudo, justo un instante antes de que éste desapareciese. El gigante trastabilló, pero era ágil y enseguida recuperó el equilibrio. Sorprendido, se llevó la mano libre al labio y contempló la sangre en sus dedos. Se pasó la lengua por la herida y volvió a la carga; se le echó encima dispuesto a tumbarlo y casi lo consiguió, y esta vez fue él el que dejó escapar todo el aire que tenía en los pulmones. Quedaron cuerpo a cuerpo, una distancia que desequilibraba completamente el combate a favor de la mole. Marduk le golpeó salvajemente en las costillas con la rodilla una y otra vez, y él aprovechó la cercanía para hacerle un corte profundo en el vientre. El sumerio profirió una maldición en su idioma y le asestó un cabezazo en la nariz. Por un momento la vista se le volvió borrosa y la sangre fluyó, obligándolo a respirar por la boca, escupiéndola de cuando en cuando.

Y así continuaron un buen rato, cansándose mutuamente. Hasta que no pudo evitar caer al suelo cuándo el gigante lo embistió con la solidez de una bola de demolición desestabilizándolo. Paró un tajo directo a su sien, pero lo tenía encima antes de que le diese tiempo a pensar. Marduk apoyó las rodillas sobre sus hombros para inmovilizarlo y trató de asfixiarlo con el antebrazo, apretándole el cuello con fuerza. Con la mano de la espada se hizo un hueco entre sus costillas, ya maltrechas, provocándole un dolor insoportable que casi lo hizo caer en la inconsciencia. Notó cómo la hoja las arañaba y se abría paso perforándole el pulmón. Después de todo, parecía que el sumerio estaba en lo cierto: iba a morir. Se miraron a los ojos; la sangre que brotaba del corte del vientre del gigante le caía encima, espesa y viscosa, empapándole la ropa. Y mientras Marduk retorció el filo en su interior sonriendo con ferocidad, le dedicó un último pensamiento: se vio a sí mismo desde los ojos del otro en la misma posición en la que se hallaba; vio como el sumerio extraía la hoja de su cuerpo inconsciente y cómo se la clavaba en el pecho; vio su propia muerte a través de aquellos ojos negros, hambrientos y llenos de odio. Y justo en ese instante en el que casi lo daba todo por sentado, ese instante anterior a darse por vencido... Una oscura sombra le quitó al hombre de encima.

El sumerio, concentrado como estaba en su presa, no se dio cuenta de lo que sucedía hasta que la tuvo sobre él. La pantera negra le hundió los dientes en el cuello desgarrando la carne, empujándolo contra el suelo. Marduk trató de sacudírsela aporreándola pero ella no lo soltaba; así que la rodeó con los brazos oprimiendo con firmeza hasta que las costillas crujieron. Aquello únicamente consiguió enfurecerla y que incrementase la

presión. La bestia negra apretaba las mandíbulas con la clara intención de destrozarlo, y fue de allí de dónde la agarró, tirando de ellas con brutalidad, abriéndoselas por la fuerza para liberarse de sus colmillos. Los bíceps se tensaron bajo el peso del enorme animal por el esfuerzo, y también los músculos del pecho, cubierto ahora de su propia sangre que manaba a borbotones de la herida abierta.

Ash contemplaba la escena aún con la espada insertada en su costado mientras trataba de reunir las fuerzas suficientes para sacársela. Lo invadía un tormento infinito que no provenía del dolor físico que sentía, distinto al tormento con el que convivía a diario. El tormento de la incertidumbre que aquel extraño había arrojado sobre él; el tormento de los días oscuros. Y, a pesar de todo, el cazador permanecía distante, calmado. Como si observase aquella escena desde un insulso proscenio, ajeno a todo salvo a tratar de sobrevivir a cualquier precio. Cerró los ojos concentrado en aprovechar el respiro que Summon le regalaba; concentrado en extraer la espada de su cuerpo, firmemente anclada en su pulmón derecho, atravesándolo como un hierro candente. Sentía la ponzoña de la hoja extendiéndose por su organismo paralizándolo, nublándole la vista. La realidad se fragmentaba delante de sus ojos, y dentro de poco le costaría distinguirla de las ilusiones que su mente crearía. Su cuerpo había decidido darse un respiro, pero caería en un profundo letargo si no se movía y tuvo que emplearse a fondo para llevarle la contraria.

Fue el gemido lastimero de Summon lo que terminó de sacarlo de aquel peligroso ensimismamiento. La pantera resollaba con esfuerzo, resoplando con la mandíbula desencajada y las costillas rotas. Miraba colérica al sumerio, que rodó sobre sí mismo para alejarse de ella y se incorporó como pudo. Presionaba con fuerza la herida del cuello, olvidada ya la que él le había infligido con el estilete en el abdomen. Ambas sangraban profusamente y se tambaleaba inseguro, perdida ya la confianza inicial. El odio era lo que lo mantenía en pie aún, la rabia de verse incapaz de terminar su trabajo. Y algo más; el encuentro le había recordado su propia mortalidad, algo que hacía mucho que no tenía presente. *Memento mori*. Necesitaría tiempo para recuperarse, como él. Por hoy aquello había terminado. El gigante se llevó de nuevo el dedo a la sien. «*Recuerda lo que has visto. Volveremos a encontrarnos, primo*», le decían aquellos ojos negros. Y desapareció.

Ahogó un grito cuando sacó, por fin, la espada de sus costillas. Se levantó con dificultad y respiró profundamente apretando los dientes, tratando de ignorar el dolor lacerante de la herida sin conseguirlo. Summon se acercó a él rozándole la mano con el hocico; la mandíbula le colgaba laxa fuera de su sitio y se la colocó de nuevo recibiendo un gruñido ronco por respuesta. Se dejó hacer confiada, sin poner más objeciones, sin apartar los ojos de los suyos. Eso es, buena chica...

—Gracias... —dijo en voz baja.

El animal se tumbó a su lado resoplando y acarició la suave piel; el

poderoso pecho subía y bajaba acompasadamente. Se pondría bien, y eso lo alivió más que cualquier otra cosa. El mínimo esfuerzo le costaba la vida, incluso mantener los ojos abiertos. Quizá especialmente mantener los ojos abiertos, puesto que cerrarlos era el camino más sencillo. Era fácil tumbarse y dejarse llevar, pero no podía hacerlo. Se pondría en marcha por él, por su hermano, que lo necesitaba. Pensó en cómo ayudarlo; tenía que encontrar a Emu y, visto su lamentable estado, también a Yo. Estaba demasiado débil para volver a buscarlos a su hogar, entre los de su pueblo. Ellos estarían allí. Pero podía ir al único sitio dónde, con los medios adecuados, podrían escucharle. Podía ir a la casa de su hermano, el único lugar que aparecía en su mente en aquel momento. Le dio vueltas a la idea un buen rato; tomar esa decisión implicaba muchas cosas, cosas que había dejado atrás hace demasiado tiempo. Volver a verlos, aunque fuese en estas circunstancias, abriría una puerta entre ellos, una puerta que quizá no sería capaz de cerrar de nuevo. Había estado solo durante siglos y quería seguir así, pero ignoraba si sería capaz de mantenerse firme si volvía a ver a sus hermanos y, de conseguirlo, si su soledad le resultaría grata al regresar a su vida tras haberlos tenido al alcance de la mano.

A veces mantenía conversaciones ficticias con ellos en el interior de su mente. Lo hacía porque le costaba recordar el tono de sus voces, que se diluía con el paso de los años. E incluso sus rostros ya no eran tan claros. ¿Cómo sería verlos de nuevo? ¿Podría soportarlo? ¿Podría soportar regresar al silencio y las sombras? Tendría que dejar a un lado sus miedos ya que nada de eso importaba ahora. Pese al tiempo transcurrido seguían siendo hermanos, y nada importaba, ya que nada podía cambiar ese hecho. Tendría que ser capaz de romper las reglas; por su hermano sería capaz de desafiar cualquier ley, humana o divina.

Recogió la espada corta del suelo y la observó detenidamente. El filo estaba cubierto por una sustancia oscura y pegajosa, semioculta ahora por su propia sangre. Se la llevó a la nariz sin resultados. No reconoció la ponzoña, no tenía un olor particular, así que podía ser cualquier cosa. Eran pocas las sustancias capaces de afectarles de algún modo. Pocas, teniendo en cuenta la gran cantidad de sustancias que existen... En cualquier caso el asunto no pintaba bien; el veneno estaba impidiendo que la herida, que aún sangraba abundantemente, comenzase a cerrarse. Necesitaba centrarse antes de perder el conocimiento o nadie lo encontraría hasta que fuese demasiado tarde. Cortó un trozo de su camiseta y envolvió la espada de Marduk con él.

La traslación terminó con las pocas fuerzas que le quedaban. Estaba en el camino, ante la enorme casa, era finales de octubre pero allí ya estaba nevando. Un espeso manto blanco lo cubría todo y el calor de su cuerpo lo abandonaba con cada inhalación. Tiempo atrás aquel lugar no había sido más que cuatro paredes y un techo. Alejada de todo, la casa de su hermano había sido siempre un punto de encuentro para ellos, aunque la magnitud del cambio lo dejó boquiabierto. La reconoció por la esencia que la rodeaba, ya que no quedaba ni rastro de la pequeña y modesta

vivienda. Vörj pasaba mucho tiempo allí ahora, su presencia era fuerte, tangible casi de una forma física, y un dolor desgarrador que no provenía de su costado casi lo hizo aullar. También podía sentir con claridad a Emu y a Yo. La red de energía que Yeialel había tejido se extendía cubriendo la casa por completo; una gran edificación de tres plantas hecha de madera, con enormes ventanales desde dónde contemplar las montañas que Vörj siempre añoraba cuando estaba fuera; un lugar dónde nadie iría a buscarlo. Nadie salvo sus hermanos... Cayó de rodillas exhausto, con los ojos anegados en lágrimas. Hacía tanto que no lloraba que tuvo que tocarlas con las yemas de los dedos para asegurarse de que estaban allí. Era mucho más duro de lo que había imaginado. No había nadie en la casa. Bueno, sabía dónde se encontraba su hermano –recluido en una habitación desconocida–, pero había albergado la esperanza de que hubiese podido escapar.

Marduk debía llevarle su cuerpo a fin de hacerle sufrir antes de terminar con su vida, pero no podía asegurar que la paciencia prevaleciese ahora que él estaba sobre aviso y al tanto de todo. Aquel encuentro había dado al traste con muchas cosas, suponía. Los dos debían morir; los sumerios habían hecho un pacto de sangre con Viktor y estaban obligados a cumplir su parte. Sin embargo, puede que cambiasen un poco el orden de los factores. El tiempo corría, y debía localizar a Emu para que le ayudase a encontrar a Viridiel antes de que le hiciesen daño.

Utilizaría la energía del lugar para hacer su única llamada, pensó con amargura. Una única llamada; había confiado en que al menos uno de ellos pudiese escucharlo. Confiaba en que Yeialel conservase el fino instinto que lo caracterizaba.

—*¿Lo crees así de verdad, o solo quieres creerlo?* —dijo la voz de Vörj en su cabeza. Sonaba divertida e irónica, como siempre. Dando forma a los pensamientos que él se esforzaba por desechar. Y no quería imaginar lo que pasaría de no ser así.

Cerró los ojos y se concentró, buscando el hilo correcto en medio de todos los demás. Buscó en aquel tapiz gigantesco que eran las vidas de los cuatro, puesto que también él estaba presente aunque de forma muy tenue. Ellos lo recordaban así, seguían considerándolo parte de sus vidas. Su propia esencia bajo todas las demás; eso le dio fuerzas para hacer crecer la onda, para lanzarla lejos en su busca, llenándola de la desesperación y la angustia que lo envolvía. Confiaba en Yeialel. Confiaba en él, porque nunca le había fallado, y se aferró con firmeza a esa confianza ciega, al brillante hilo del tejedor que lo traería hasta él.

Se desplomó en el suelo sintiendo la nieve en la mejilla. No había sido solo una sensación, después de todo, lo que siguió al vértigo inicial. Ignoraba si su plan había surtido efecto o no, pero ahora había llegado al límite y ya no podía hacer nada más. Nada salvo descansar, por fin. Dejó de darle vueltas a todo y llegó la oscuridad, mientras la nieve se teñía de rojo bajo su cuerpo, deshaciéndose al contacto cálido de la sangre. El cazador cerró los ojos pensando en el hogar y la familia, aquellos conceptos lejanos que los años habían desdibujado junto a sus voces y

sus rostros. Ash cerró los ojos sintiéndose de nuevo en casa; una idea que lo reconfortaba más de lo que jamás se hubiese atrevido a imaginar.

Capítulo 11

Capítulo 7

Caminos divergentes

Marduk regresó. Regresó gravemente herido y sin el cadáver del cazador a su espalda. Emesh se había puesto furioso y lo había golpeado una y otra vez sin piedad, sin importarle ni lo más mínimo su estado. Hylissa lo había escuchado todo desde su habitación imaginando el semblante pétreo del gigante, sin inmutarse ante la ira de su hermano. Nunca lo había visto así. Sin embargo, aunque cualquiera en su sano juicio se hubiese asustado, ella no tenía miedo. Por primera vez la coraza de aquel hombre se había resquebrajado. Había algo que podía sacarle de sus casillas, algo que lo hacía reaccionar.

Pensó en el serafín, que se consumía ajeno a todo en la pequeña habitación, y lamentó no poder decirle que su hermano aún vivía. Durante aquellos días el desconocido se había convertido en una especie de obsesión para ella. Lo achacaba a que era la primera persona con la que pasaba algo de tiempo al margen de los dos sumerios, pero en el fondo sabía que había algo más; el hombre le gustaba. Había algo en él que lo diferenciaba de los demás. Cuando bajaba a la celda –pues una celda era, pese a todo– el peso que le oprimía el pecho se hacía más ligero y sospechaba que él tenía algo que ver. Aún en su estado taciturno la tocaba de aquella forma particular. La tocaba sin tocarla. No sabía cómo explicarlo, pero así era. O así lo sentía ella. Se quedaba para sí mismo parte de su tristeza, compartiendo sentimientos que ambos tenían profundamente arraigados.

A lo largo del día siguiente Emesh y Marduk permanecieron encerrados en sus respectivas habitaciones, algo que ella agradeció. En la casa todo era silencio; un silencio pesado, como la calma antes de la tempestad, roto por el aullido desgarrador del viento en el exterior que arrastraba la tormenta. Las nubes se movían deprisa cerrándose, oscureciéndolo todo, cerniéndose sobre ellos como el preludio de lo que estaba por venir.

Y el transcurrir de las horas.

Los sumerios nunca parecían tener prisa por nada. Ni siquiera por resolver sus disputas.

Y el transcurrir de las horas...

Bajó otra bandeja de comida a su *invitado* pero de nuevo hubo de subirla intacta, pues éste no la tocó. Permanecía acostado, de espaldas,

sumido en sus propios pensamientos. Si hubiese podido decírselo... Al amanecer Emesh salió en busca del otro hombre, Viktor. Y entonces supo lo que pasaba. No necesitó que nadie se lo confirmase, pudo leerlo en su cara cuando cruzó la puerta antes de desvanecerse en el aire; ya no tenía intención de mantenerlo cautivo más tiempo. Cumpliría con esa parte del trato primero, sin arriesgarse a que el cazador viniese en su busca con ayuda. Era lo lógico. La idea de ver muerto al serafín le hizo un nudo en las entrañas.

Emesh se había ido y un montón de ideas descabelladas le llenaban la cabeza. Marduk tampoco saldría aún, necesitaría más descanso, a pesar –o a raíz– de que su hermano había disfrutado cerrándole las heridas a su manera. Aún así no había escuchado ni un solo grito, lo que hizo que volviese a plantearse la idea de que el gigante era mudo. Disponía de un corto margen de tiempo y tendría que utilizarlo bien. Ahora o nunca, no habría segundas oportunidades.

Se deslizó en la habitación de Emesh. No era la primera vez que entraba, pero sí la primera vez que lo hacía a solas y sin permiso. Él lo sabría, por supuesto. Lo sabría antes de cruzar el umbral, pero no le importó. Quizá porque ya estaba muy lejos de que le importase algo. Se sentía extrañamente tranquila, como si su cuerpo perteneciese a otra persona. Desde que era una niña había soñado con ser libre, es posible que hubiese llegado ese momento... No era, ni mucho menos, como lo había imaginado, pero a estas alturas se conformaría con eso. Porque no, si se había conformado con todo lo demás... Si podía ayudarle a él habría merecido la pena. Rebuscó entre sus cosas hasta que dio con lo que necesitaba. Lo metió en su bolsillo y salió por la puerta. Volvió a levantar la ilusión en torno a sus muñecas y, con paso firme, recorrió el camino que la llevaba hasta la otra ala. El camino que la llevaba hasta las habitaciones del servicio.

* * *

Sintió de nuevo su presencia y, de nuevo, la ignoró. Al menos hasta que escuchó el sonido de pequeños cristales al romperse. Se giró en el camastro intrigado: ella extendía un líquido por el suelo, sobre una de las runas. Había roto el vial de un pisotón y trabajaba con rapidez sin prestarle ni la menor atención. Frotó hasta que las perfectas formas del dibujo hubieron desaparecido completamente. Sintió como la desagradable sensación de embasado al vacío desaparecía de pronto, dejándolo libre. Libre para irse de allí. El líquido, supuso, era similar a lo que ellos utilizaban para limpiar sus armas de restos de sangre durante la libación, puesto que las runas de las hojas podían dañarse si no se cuidaban. El sumerio había trazado aquellas que lo mantenían encerrado con sangre y, aunque estaban grabadas a conciencia, necesitaba impregnarlas para que fuesen efectivas. Un solo error en la caligrafía, una sola línea que no hubiese quedado empapada, y nada de todo aquello hubiese servido para mantenerlo atrapado.

Y ella lo había liberado.

Antes de que pudiese recuperarse de su asombro la menuda mujer lo cogió del brazo tirando con fuerza de él, instándole a que lo siguiese. Se dejó arrastrar apresuradamente por los pasillos en busca de la salida preguntándose cuál sería el motivo de su buena suerte, ya que ella seguía sin mediar palabra. Durante los primeros días se le pasó por la cabeza que fuese muda, pero terminó por descartar esa teoría observando su comportamiento general; la sumisión con la que actuaba dejaba claro que los sumerios no le permitían ningún tipo de contacto. Pero lo había liberado... Ella lo había liberado y, sin embargo, seguía sin mediar palabra o mirarlo a los ojos. Puede que fuese ella misma la que lo evitaba a propósito.

Todo allí dentro le pareció decadente: las alfombras, los grandes tapices que decoraban las paredes, las pesadas cortinas de terciopelo y sedas que cubrían las ventanas, como si quisiesen evitar a toda costa que la luz se colase dentro. Lo que en su tiempo debió ser imponente, ahora resultaba insoportablemente depresivo. Las emociones encerradas entre aquellas paredes se agolpaban y parecían querer tocarlo con sus invisibles garras. Nadie podría pasear por esos pasillos erguido, sin encogerse bajo el peso de toda aquella angustia, sin sentirla en la boca. Llegaron a una puerta pequeña que había en uno de los laterales de la parte delantera, algo alejada de la principal por dónde, supuso, sacarían la comida cuando la servían en el jardín, por su proximidad con las cocinas por las que pasaron de camino. Ella lo soltó empujándolo fuera, mirando a su alrededor inquieta.

En el exterior el día era frío, y una fina llovizna lo ayudó a quitarse de encima la horrible sensación de asfixia que se había adueñado de él desde que despertase en el camastro. Pese al cielo encapotado, hubo de esperar unos instantes a que sus ojos se acostumbrasen de nuevo a la luz. La luz que le faltaba en su habitación, y que parecía faltar en toda aquella maldita casa. Caminó unos pasos y se giró, levantando la mirada para contemplar la imponente fachada. La enorme casa colonial parecía sacada de otra época, una sombra rodeada del verde de los jardines que, descuidados, se lo comían todo. Un lugar dónde el tiempo no transcurría, dónde había quedado detenido tras espantosos sucesos, dejando tras de sí toda una estela de dolor. Y pensaba que nada podía ser peor que aquella visión hasta que lo descubrió allí, semioculto tras los muros de piedra del lateral más alejado, extendiéndose ladera abajo como un cáncer: un laberinto de cerrada maleza sobre el que se arremolinaban las nubes, oscureciendo, aún más si cabía el entorno. Lóbrego, como si la propia luz lo rehuyese. Emanaba de él un cúmulo de energías convirtiéndolo en el epicentro de todas ellas, dónde predominaba el pesar, que lo invadía todo por completo enroscándose del mismo modo en que lo hacían las malas hiervas. Era como un enorme agujero a otra dimensión –y quizá lo era realmente–. Al igual que la casa, a otras épocas, pero aún más lejanas. Su don consistía en trabajar las emociones y supo a ciencia cierta que, de dar rienda suelta a lo que allí dormía, bien podría crear una

ola que lo arrasase todo en kilómetros a la redonda, consumiendo por completo cualquier rastro de vida, incluida la suya. Era aquel un sitio que convenía evitar a toda costa, al menos si uno estaba en su sano juicio... Cuando su vista volvió a la muchacha la encontró mirando hacia allí con nostalgia. Hasta que se dio cuenta de que la observaba y bajó la cabeza, regresando de nuevo la rigidez que los había acompañado hasta la puerta.

—¿Por qué? —le preguntó acercándose y tomándola de la barbilla para mirarla a los ojos. Ella desvió la mirada enseguida, incómoda, haciendo un gesto de impaciencia que lo apremiaba a irse ya.

—No les va a gustar lo que has hecho, ven conmigo.

Las palabras salieron sin pensar, pero realmente no podía dejarla allí con ellos. La muchacha tensó los labios en una sonrisa rota y negó con la cabeza con tristeza; esa tristeza que le partía el corazón. Sin embargo, no percibía ni rastro de miedo en ella... Una determinación férrea, en todo caso, y le costaba creer que la mujer ignorase dónde se estaba metiendo. En aguas oscuras y profundas de las que le iba a costar mucho salir, si es que salía...

—Espero de verdad que sepas lo que estás haciendo pero en cualquier caso, gracias —le dijo. No había más que añadir. No quería perder más tiempo del necesario tratando de convencerla, ni podía obligarla. Su hermano ocupaba todos sus pensamientos en aquel momento y tenía prisa por salir de allí para dar con él. Que no hubiese tenido noticias al respecto le daba esperanza, Ash tenía que estar vivo...

Se alejó de la casa hasta quedar fuera de las protecciones, que le mordieron la carne con afilados dientes, y se volvió una vez más en su busca encontrándola en el mismo sitio, de pie en el umbral, como una pálida y diminuta muñeca de porcelana, mirando de nuevo hacia la verja oxidada y desvencijada del laberinto; una puerta que delineaba perfectamente la diferencia entre la vida y la muerte. El largo cabello anaranjado agitándose con el viento que traía la tormenta; un viento que parecía querérsela llevar, arrancarla de la faz de la tierra. Pero ella permanecía firme, con los labios apretados. La muñeca más triste que había visto en su vida...

* * *

Hubiese preferido no ver como se alejaba poniéndole fin a todo. Había querido llevarla con él y, de haber podido irse, no se lo habría pensado ni un segundo. Pero estaba obligada a permanecer allí hasta que Emesh decidiese lo contrario... Había sido una insensata, lanzándose de cabeza a un destino irrevocable y, ahora que estaba hecho, la angustia comenzaba a devorarla por dentro. No se arrepentía, pero esperar el desenlace iba a acabar con sus nervios. Confiaba en que aquella traición terminase de enfurecerlo lo suficiente, que la ira lo cegase y que todo sucediese deprisa. Si no era así... Bueno, no quería pensar en eso. No podía darle vueltas o se volvería loca. Al menos el serafín estaría a salvo y no parecía la clase de hombre al que se podía pillar por sorpresa una

segunda vez.

Subió de nuevo hasta su cuarto y se sentó en el tocador, contemplando su reflejo en el espejo. Los ojos verdes de su padre le devolvieron la mirada. *«Estoy arto de tu rebeldía, Hylissa. Resístete si quieres, pero terminarás obedeciendo... Y habrá quien disfrute aún más que yo doblegándote, te doy mi palabra.»* Y vaya si había cumplido. Había cumplido con creces. Cogió las tijeras de la pequeña cesta de labores y agarró un mechón de cabello, cortándolo con decisión por debajo de la barbilla. El pelo era lo único que había heredado de su madre y, de haber podido, se hubiese afeitado la cabeza en ese mismo instante solo para evitar pensar en ella, para que no quedase nada de su única parte buena. Sin embargo le bastó con destrozar aquella melena en la que los hombres parecían haber encontrado siempre cierto placer. Se deshizo de todo, cortando al final el flequillo muy por encima de las cejas, y se levantó para dejar caer los rizos al suelo, sacudiéndoselos de encima. Se pasó las manos por la cabeza observándose en el espejo; le gustaba así, ya no era ella, ya no tendría que ser aquella mujer sumisa nunca más. Después de todo, el alivio de saberlo le daba cierta paz. Podría soportar lo que fuese si detrás de eso ya no había nada más que soportar.

Y así, sentada al borde de la cama, como tantas otras veces, esperó a que Emesh regresase.

Y no tuvo que esperar demasiado...

* * *

No pasó por su habitación, fue directamente a la del serafín, ahora vacía. Desde dónde estaba no pudo escuchar los gritos furiosos de Viktor, que llenaron el silencio que se hizo tras descubrir la ausencia. Lo que sí escuchó fueron los pesados pasos de Marduk, acelerados, recorriendo el pasillo hacia las habitaciones del servicio. Él tampoco podía escuchar a su hermano desde dónde se encontraba pero, al igual que ella, podía sentir la ira ciega que Emesh trataba de aplacar. Pasó un buen rato antes de que los tres se presentasen allí y para entonces, ya le temblaban las piernas. Agradeció estar sentada o, de lo contrario, no creyó que hubiese tenido fuerzas para sostenerse. Fue la primera vez que también se sintió agradecida por no poder mirarle a los ojos.

—iTú, zorra estúpida!

Viktor recorrió el camino que los separaba en dos zancadas y le estampó el puño en la cara con tanta fuerza que la tiró al suelo. Tardó unos segundos en dejar de escuchar el zumbido en sus oídos y, para entonces, Marduk había levantado al serafín en el aire agarrándolo del cuello. No lo miraba a él, ignorándolo completamente mientras trataba de liberarse; era en ella en quien tenía puestos los oscuros ojos, con una expresión sombría, distinta de su habitual desdén. Una expresión en la que podía leer algunas cosas, principalmente incredulidad.

—Suéltalo, Marduk.

La voz de Emesh era serena, contradiciendo el cúmulo de

emociones que emanaba a través de los brazaletes. Ya no había barreras, y no era porque él estuviese demasiado furioso como para mantenerlas. Simplemente no quería ocultarse ahora, quería que Hylissa lo sintiese con claridad. Al final había logrado superar todas sus expectativas... Marduk dudó unos segundos antes de depositarlo sin ceremonias en el suelo. Viktor miró al sumerio con rabia, y después de nuevo a ella, y sus pupilas se estrecharon aún más.

—Si vuelves a tocarla, te destriparé —dijo Emesh—. Seré yo quien se encargue de disciplinarla, no tú.

—¿Disciplinarla?! —gritó Viktor con asombro—. Creo que aún no entiendes bien lo que ha pasado aquí... Teníamos un acuerdo, y has fracasado. Ahora él lo sabe, ¡lo sabrá todo! ¿Sabes lo que significa eso? ¡Claro que no lo sabes, no tienes ni idea de lo que significa! Tú no lo conoces... ¡Soy yo el que debería destriparla a ella con mis propias manos! ¡La quiero muerta!

Estaba fuera de sí, con los ojos desorbitados por la ira, cegado por el pánico que le producía la perspectiva de quedar al descubierto ante su hermano.

—Por supuesto que la quieres muerta, primo —intervino Emesh—Eres un hombre simple, para haber vivido tantos años.

—Hicimos un trato... —dijo Viktor en un susurro tratando de ahogar la rabia. No dejaba de mirarla, no podía apartar la vista de ella ni un segundo, ni siquiera con las enormes manos de Marduk sobre él—. He esperado mucho tiempo para llegar hasta aquí y no voy a esperar más.

—En algún momento, Viktor, cumpliré con mi parte. Entonces yo seré un hombre libre, y tú podrías ser un hombre muerto. Piensa en ello cuando acudas a mi casa como mi invitado, cuando escojas el tono en el que te diriges a mí. Y ahora deja que yo me encargue de todo, como hemos hecho siempre. Lamento que estés irritado, pero tendrás que desahogarte en otra parte.

La amenaza y la invitación a desalojar quedaron en el aire y el serafín las pilló al vuelo, mirando de soslayo a uno y a otro.

—No hace falta que me acompañes hasta la puerta —dijo torciendo el labio en un gesto agrio—, conozco el camino.

—De acuerdo, como deseas.

Al hombre no se le escapó el deje de humor con el que Emesh impregnó las últimas palabras, lo que lo enfureció aún más. Sin embargo, se guardó bien de añadir nada al respecto. La tensión aumentó cuando Viktor se marchó. Los sumerios la observaban mientras esperaban a que el serafín cruzase las protecciones y desapareciese del todo. El semblante de Emesh resultaba espectral en la penumbra de la alcoba. Parecía retorcerse y desgarrarse por la rabia que escondía. Casi podía escucharlo pensar, tratando de decidir qué hacer con ella. Hylissa creyó escuchar gemir a la tierra misma. Creyó sentir un temblor bajo su cuerpo, como si ésta soportase un peso atroz. El suyo. Tenía los miembros entumecidos y el corazón latiendo deprisa bajo la lengua, hasta el punto de obligarse a mantener la boca bien cerrada por miedo a que saltase fuera. El golpe le había cerrado el ojo, pero no lo necesitaba para ver que las cosas se iban

a complicar.

—Me siento terriblemente decepcionado...

Había pasado tanto rato callado que su voz la pilló por sorpresa, provocándole un espasmo involuntario; y el nudo que tenía en el pecho se apretó aún más. Su voz era fría y distante, haciendo, con cada palabra, más grande el abismo que los separaba. Marduk esperaba paciente apoyado en el marco de la puerta, cruzado de brazos. Ya no la miraba a ella, ahora estaba totalmente pendiente de su hermano.

—Te he tratado bien, me he ocupado de ti —siguió—. Tú, a cambio, como un perro desagradecido, muerdes la mano que te da de comer.

Hylissa sabía que él, realmente, creía todo aquello. Creía que la había tratado bien, y que se había ocupado de ella. Y quizás así fuese, en lo que a necesidades básicas se trataba. Quizás a un animal le resultaría suficiente. Por su parte, en su intento por huir, había ido demasiado lejos. Había cruzado la línea invisible que la separaba del abismo. Lo supo en el mismo instante en que Emesh se quitó la cadena que pendía de su cuello para lanzársela a su hermano, quien la cogió al vuelo. Su expresión era indescifrable pero, cuando sus dedos acariciaron la gema y el cambio se produjo a todos los efectos, las manos le temblaban. Emesh desapareció, y la barrera que se alzaba entre ellos desapareció con él. En su lugar ahora... estaba Marduk.

Hylissa había pensado que no podía haber mayor oscuridad que la que escondía el corazón de Emesh.

Estaba equivocada.

—A veces, para mantener el control sobre alguien, hay que darle rienda suelta —le susurró Emesh al oído antes de besarla fugazmente en la sien.

Libre de su yugo, lo miró a los ojos por fin. Negros como pozos sin fondo, carentes de alma. No encontró piedad, ni nada que se le pareciese remotamente. Nada: eso era lo que lo llenaba por completo. Sintió en su interior un frío tan intenso que le congeló las entrañas.

Ciertamente, había ido demasiado lejos.

Capítulo 12

Capítulo 8

Del hogar y la familia

La llamada le había traspasado como una descarga eléctrica recorriéndole todo el cuerpo, lacerando sus sentidos hasta que amainó, dejándole un dolor sordo y punzante en las sienes. Había despertado sobresaltado, una vez más, en los brazos de Emu, que trataba de calmarlo.

—¿Qué sucede?

Los ojos cobres de Elariel estaban entrecerrados, como esperando recibir una mala noticia en cualquier momento. Siempre aguardaba su respuesta con serenidad haciendo gala de su temple, un rasgo que Yo admiraba y envidiaba a partes iguales. En aquel momento lo habría dado todo por conservar la tranquilidad. Un poco, al menos. La suficiente como para permitirse pensar con claridad.

—Ash —acertó a decir mientras trataba de coger aire.

Los brazos de su hermano se tensaron al escuchar el nombre. No era lo que esperaba y, probablemente, no estaba preparado para hablar de fantasmas.

—¿Qué sucede?

La misma pregunta, distinto tono.

—Tiene problemas, está herido, creo. Nos necesita...

Se incorporó liberándose de los brazos de Emu, y también de su mirada de fuego que lo quemaba todo a su paso.

—¿Nos necesita? ¿Desde cuándo? —preguntó alzando una ceja con sorpresa.

—Estoy seguro de que, de no ser un asunto serio, no nos buscaría. ¿Vas a acompañarme, o esperarás a que regrese?

Emu se levantó tras él y lo tomó de las muñecas, obligándolo a detenerse a mirarlo.

—Sabes que te acompañaré, pero eso no quiere decir que la idea me agrade.

—Ha pasado mucho tiempo... —le dijo apoyando la frente en su pecho—. Pero sé que no le darías la espalda.

—¿Y qué pasará después, cuando se vaya de nuevo? —Emu suspiró derrotado, abrazándolo con fuerza.

—Responder a esa pregunta sería dar por sentado que se irá. Estaremos bien, Emu. Pase lo que pase.

Pase lo que pase...

Durante todo ese tiempo, en el que sabía de sobras que algo iba a

pasar, no había dejado de darle vueltas a lo mismo. No había dejado de darle vueltas a si sería capaz de afrontar los acontecimientos que estaban por llegar, a si sería lo suficientemente fuerte como para superar la prueba a la que debía enfrentarse. Sabía que guardaba relación con los sueños que tenía desde hacía tanto tiempo, y temía que consistiese en soportar la pérdida de uno de sus hermanos...

*ver un mundo en un grano de arena
y un cielo en una flor silvestre
toma la infinitud en la palma de tu mano
y la eternidad en una hora*

*un petirrojo enjaulado
tiene al cielo encolerizado*

-William Blacke-

* * *

—¿Porqué aquí?
—¿A dónde irías tú, Emu? ¿A dónde irías si te encontrases herido y solo?
—Si me encontrase herido y solo, volvería a casa.

El cuerpo de Arikel estaba tendido en el suelo. La sangre había derretido parte de la nieve que lo rodeaba y estaba helado. Encontraron la espada cuando Emu le dio la vuelta para cargar con él; su hermano se la metió en la correa de su propia funda sin pararse a mirarla.

—Está vivo —dijo sin más, levantándolo con dificultad.

Trató de ayudarlo, pero él se lo impidió con un gesto. Fue delante, moviéndose nervioso y torpe, esperando con ansiedad la parte en la que podía ser de utilidad: examinar a su hermano. Emu lo depositó con cuidado sobre el sofá, saliendo a toda prisa en busca de unas mantas. Él le quitó lo que quedaba de la camiseta que llevaba puesta, la misma que había roto para envolver la espada que Elariel aún no se había sacado de encima. Estaba empapada por la humedad de la nieve y por la sangre y había comenzado a acartonarse debido al frío del exterior y el poco calor que desprendía su cuerpo. Una herida muy fea quedaba a la vista en su costado, rodeada por un enorme hematoma; pudo ver enseguida el aura del veneno en el interior, luchando por llevárselo. Estaba dentro del pulmón, obligándolo a respirar con dificultad. Lo giró para verlo mejor, tratando de ignorar las cicatrices que cubrían su torso. Las manos le temblaban aún cuando Emu regresó con las mantas. Lo ayudó a colocarlo

sobre una de ellas, más cálida que la piel del sillón. Le quitaron el resto de la ropa mojada, y cubrieron todo lo que pudieron cubrir sin que la herida quedase oculta.

Cuando su hermano vio las marcas del cuerpo, lo miró con expresión sombría: ellos no tenían cicatrices, sus heridas cerraban sin dejar ningún recuerdo de su paso. Aquellas huellas eran la prueba de que Ash ya no les pertenecía, de que ya no formaba parte de ellos; el vínculo que los unió en tiempos estaba roto. Otras marcas cubrían su cuerpo, además de las laceraciones, las marcas del cazador. Runas que sustituían, en la medida de lo posible, el poder de su vínculo de sangre.

Se quitó los cuarzos que pendían de su cuello y sus muñecas repartiéndolos sobre el cuerpo inconsciente de Ash. Estaba terriblemente escuálido, casi famélico, como si se hubiese olvidado del hábito de comer desde hacía tiempo. Y su pelo... Se había cortado la larga melena y ahora escasamente pasaba de los hombros, mientras que la parte de arriba estaba aún más corta que el resto. Sabía perfectamente lo que eso significaba y un dolor sordo se instaló en su corazón. Si se lo hubiese encontrado por ahí le hubiese costado mucho reconocerlo; la delgadez había afilado sus facciones marcando todavía más sus pómulos, aquella vida, mucho más dura que la que ellos llevaban durante la tregua, había dejado su huella en el gesto. Siempre había sido firme, sin embargo ahora, aún dormido como estaba, carecía por completo de amabilidad. Parecía un rostro incapaz de relajarse, aún así, relajado. Tenso a causa del dolor, quizá, o las preocupaciones que soportaría. Trató de imaginar que habría sido de él, pero enseguida decidió que esa no era una buena idea en aquel momento. Se concentró en la energía que lo rodeaba, trabajando bajo la atenta mirada cobre de Emu. Le iba a costar mucho limpiarla por completo, si es que podía conseguirlo.

—¿Cómo de seria es la cosa? —preguntó Elariel. Y su voz seguía siendo serena, un remanso de paz en aquel momento; pero sabía que, en aquel momento, era todo fachada. Estaba preocupado, por lo que veía y por lo que no. La imaginación siempre conseguía superar a la realidad...

* * *

Ash durmió durante todo aquel día, y también toda la noche. Le subió la fiebre, pero consiguió bajarla enseguida. Se agitaba en sueños intranquilo, murmurando palabras incoherentes. A veces temblaba, pese a la alta temperatura que había en la casa. Habían arrastrado el sofá hasta el hogar y la leña sucumbía al fuego, calentando los radiadores. Vörj no estaba, y su ausencia planeaba sobre sus cabezas como una oscura sombra. No era extraño que saliese y tardase en regresar, pero todo aquel asunto olía mal desde el principio. Emu se había negado a dejarlo solo para salir en su busca alegando que, de volver, sería allí a dónde volvería. Tenía razón, pero eso no lo hacía más llevadero. Su intuición rara vez le fallaba y ahora le gritaba que había algo más.

No se separó de Ash ni un segundo, y Emu no se separó de ninguno de los dos. Ambos esperaban, con un nudo en el estómago, a que su

hermano abriese los ojos. El peligro había pasado, pero no sabían qué es lo que quedaría de él una vez volviese en sí.

Tuvieron que esperar al amanecer para descubrirlo.

Seguían siendo de ese gris oscuro que cambiaba según su estado de ánimo. Del color de una tormenta a punto de descargar. Ash lo miró con intensidad, leyendo en su interior como hiciese en el pasado, y solo acertó a preguntarse cuantas veces trató de asumir que no volvería a verlo.

Quiso incorporarse, pero se lo impidió.

—Espera un poco, estás débil. Deberías comer algo primero.

Emu se había movido a su lado en cuanto despertó y lo miraba con cautela, como si observase a un animal salvaje en lugar de a su propio hermano.

—Di algo para que Emu se dé cuenta de que no eres peligroso y pueda traerte algo de la cocina, ¿quieres?

—No soy peligroso —dijo él tras vacilar un instante.

Y los turbulentos ojos grises fueron ahora en busca de los de Elariel, que aguardaba aún a su lado.

—Estás hecho un desastre —señaló éste lacónico.

Hubo un breve silencio entre ellos, antes de que Emu saliese en busca de algo que fuese comestible. Un breve silencio en el que se dirían muchas cosas. Al menos estaba casi seguro de que Emu las expresaría en su mente de forma concisa y clara.

—Tiene miedo —dijo Ash cuando se quedaron a solas—. Teme que lo vuelva a dejar todo patas arriba cuando me vaya. Que le haga daño de nuevo.

Hablaba de Vörj, por supuesto. De él y de su incapacidad para superar su ausencia. La había sobrellevado sin más, dejando pasar el tiempo y tratando de no pensar en ella, solo que algunas veces se le daba peor que otras. Es lo que había visto en los ojos cobres. Porque había sido Emu el que se había hecho cargo de todo; el que lo había ido a buscar cuando se encontraba hundido, el que había bebido con él durante días interminables y noches oscuras en aquella misma casa, sin decirse ni una sola palabra. Era cierto, su hermano tenía miedo. Miedo de que su regreso rompiese el delicado equilibrio en el que se hallaba el serafín.

Era extraño escuchar de nuevo su voz profunda. Tenerlo delante, aunque no fuese el mismo.

Era extraño, e increíblemente maravilloso.

—Tengo que irme, Yo —intervino Ash, sacándolo de su ensimismamiento—. Tengo que irme ahora, y me llevaré a Emu.

Bien, Emu tenía sus temores, y él los suyos. Y estaba a punto de entrar de lleno en ellos. Arikel lo confirmó asintiendo, y el mundo se hizo cada vez más grande e inestable bajo sus pies.

—Sabes dónde está.

—No, pero lo averiguaré. Lo traeremos de vuelta.

Yo desvió la mirada a la espada corta que seguía envuelta con la

camiseta de Ash. No había querido tocarla, pero la empuñadura, que sobresalía quedando al descubierto, era fácilmente reconocible. Los sumerios no tenían reglas, ni límites. Los arrastrarían a un juego en el que ellos tenían ventaja.

—No puedes prometerme que lo traerás, ni que todo va a salir bien. No soy un niño, sé cómo funcionan las cosas.

—Entonces tendrás que conformarte con la promesa de que haré todo cuanto esté en mi mano.

Trató de levantarse de nuevo, y esta vez no se lo impidió. Yo tenía los miembros entumecidos, como si hubiese bebido demasiado. Se sentía más inestable de lo que debía sentirse su hermano, que hacía un esfuerzo considerable para caminar con normalidad; como si no lo hubiesen atravesado con una espada envenenada. Con una espada sumeria envenenada.

—Antes de irte comerás algo, no es discutible.

Tenía una cicatriz en el labio que lo cruzaba de arriba a abajo, la única que se vería cuando estuviese vestido. Era una cicatriz que mostraba un corte limpio, posiblemente de espada. ¿Dónde había estado todo este tiempo? Aunque lo que realmente se preguntaba era si sería capaz de regresar de allí.

—Necesito mi ropa —dijo su hermano apartando los ojos de los suyos. Arrebujiándose aún más en la manta que lo cubría, como si volviese a tener frío.

—Ven conmigo.

Lo llevó hasta el segundo piso, dónde estaban las habitaciones. Recorrieron el largo pasillo hasta la puerta del fondo, que abrió dejándolo pasar delante. Emu y Vörj habían trabajado en aquella casa. Él también, a su manera. No de una forma física, más bien había trabajado con las esencias de todos ellos, recubriéndola por completo. Sus hermanos habían construido todo aquello con sus propias manos. Les había llevado mucho tiempo, pero había sido un tiempo que habían pasado alejados de pensamientos inoportunos, centrados en lo que tenían por delante. Y había merecido la pena. Vörj insistió en añadir aquella habitación: la habitación de Ash.

Las paredes eran de un gris oscuro que escasamente contrastaba con la madera negra de los muebles. Incluso la ropa de cama era negra. Allí, en aquel punto, él había tejido lo que conservaban de su esencia, incorporándola a la de los demás, completando su sitio en la casa.

—Es mi habitación... —susurró conmovido, pasando la mano por la cómoda que Emu había tallado.

—Te traeré algo de ropa de Vörj para que puedas vestirte.

Quiso dejarlo a solas para que se diese cuenta de que podía volver. Para que se diese cuenta de que estaba en su casa. Eso sería más efectivo que cualquier cosa que pudiese decirle.

* * *

—Iré yo solo —insistió Emu—. Tú no estás en condiciones, necesitas más descanso.

—Si crees que voy a quedarme aquí mientras vas a buscarle estás muy equivocado...

Los dos se miraron durante un buen rato enfadados, ajenos a su presencia. Ash les había contado todo lo relacionado con su encuentro, y por dónde comenzaría a buscar siguiendo el rastro Marduk.

—Me necesitas, Emu. Nunca darás con él si no voy...

La afirmación y la seguridad con que la hizo hirió a Emu, que lo miró con reproche. Era el mejor rastreador, pero no podría hacer nada si no tenía un rastro que seguir, y él no había estado con el sumerio, no reconocería su esencia sobre todo lo demás.

—Si no vas a quedarte —susurró—, prefiero que él no te vea.

Aquellas palabras traspasaron a Yeialel del mismo modo en que lo hiciese la llamada de su hermano. Era lo mismo que Emu decía en el sueño. O más bien el eco de un sueño. Uno viejo, que apenas podía recordar. Había quedado semienterrado por otros que lo sucedieron, casi olvidado hasta ese preciso instante en que las palabras de Emu lo trajeron de vuelta. Y saberlo le puso el vello de punta. Era ese instante, ese preciso instante, el que marcaba la diferencia. El momento concreto en que los engranajes de su destino comenzaban a girar. Y sonaban a despedida. Miró a sus hermanos, discutiendo sobre el ir y el quedarse, ajenos a sus cavilaciones.

—Esto no termina aquí —les dijo—, solo acaba de empezar...

Ellos le devolvieron la mirada con sorpresa, sin entender muy bien a qué se refería. Hasta que Ash pudo verlo en su interior, la sombra de sus miedos, oscura y fría, como el mar nocturno del norte cuando todas las luces se habían apagado ya. Se arrastraba viscosa por sus entrañas, tocándolas y llenándolas de dudas. Les habían enseñado a sangre y fuego a no dudar y, sin embargo, él dudaba ahora. Dudaba porque sus sueños encerraban gran parte de certeza, si sabía encontrarla.

Si sabía encontrarla...

* * *

Al llegar a casa la impresión casi lo hizo caer al suelo; no estaba solo. Sus hermanos estaban allí, los sentía, y también alguien más: Ash. La presencia era tenue, amortiguada por años de separación y por la ausencia de su vínculo, pero era él. Lo hubiese reconocido en cualquier parte. Corrió hasta la puerta y la abrió, quedándose paralizado en el umbral. Tres pares de ojos se volvieron en su dirección llenos de alivio. No tanto como el que él sentía en aquel instante, al verlo ahí, de pie, en su

casa. Yeiael fue el primero en romper el momento, corriendo a refugiarse en sus brazos.

—¿Estás bien? —preguntó sin soltarlo.

—Estaré genial en cuanto me dejes respirar —y aún así le devolvió el abrazo, apretándolo fuerte contra su pecho.

—No has vuelto solo... —repuso Yo con asombro. Se refería a su vínculo, por supuesto. Su instinto era tremendamente afilado.

—Después —le dijo haciéndolo a un lado con delicadeza.

Fue como si todo le sucediese a otra persona, como contemplar una escena desde fuera. Algo surrealista. Algo en lo que había pensado durante demasiado tiempo, dando por sentado que nunca llegaría a suceder. Y aquí estaba; había sucedido. Y no era capaz de articular palabra. Se acercó a Arikel examinándolo, siendo consciente del cambio y preguntándose hasta dónde llegaría. Estaba irreconocible. Sus sentidos no lo podían engañar, pero su vista se resistía a creer que aquel hombre fuese su hermano. Detuvo su escrutinio en la cicatriz de sus labios, frunciendo el ceño con dolor. Aunque lo que lo que lo hundió definitivamente fue el corte de pelo. Tradicionalmente, cortarse el pelo de ése modo equivalía a morir para los demás. Ash estaba muerto para el mundo, le decía. Muerto para él. Probablemente, desde el mismo día en que se marchó... Y así permanecieron mucho tiempo, simplemente mirándose. Hasta que dio un paso adelante, casi esperando qué se esfumase en cualquier momento. Pero no lo hizo; siguió allí, de pie, aguantando estoicamente. El puto Ash sabía mucho del estoicismo.

—Estás hecho un asco —le dijo. Y ahí estaba esa media sonrisa que esperaba ver. Una sonrisa torcida que distaba mucho de ser lo que había sido pero que, de momento, le servía.

—Y tú sigues siendo un capullo.

—Bueno, ya sabes, hay cosas que nunca cambian...

Dejó que Arikel lo leyese. Un contacto íntimo en el que le permitió ponerse al día. Lo mejor de su hermano era que no necesitaban palabras de más, siempre sabía exactamente lo que estaba pensando.

—Joder, Ash, aún no sé si sigo teniendo ganas de sacudirte. Después de todo este tiempo... aún no lo sé.

—Si lo haces me lo merecería, supongo.

—Te lo merecerías, maldito cabrón.

—Bueno, ya sabes, hay cosas que nunca cambian. Yo también me alegro de verte... —añadió con voz ronca.

Sus frentes se juntaron, repitiendo un gesto tan familiar como lejano.

—¿Cómo te libraste de Marduk? —le preguntó dando por sentado que se habían encontrado. No le había pasado inadvertido su estado débil, aunque lo hizo a un lado de momento. Ya volvería a ese asunto después, cuando hablasen de verdad.

—Con un poco de ayuda —respondió su hermano—. Y tú, ¿cómo has conseguido salir de allí?

—Con un poco de ayuda.

Pensó en la muchacha, en lo que pasaría cuando descubriesen lo que había hecho. Estaba en deuda con ella y esperaba poder saldarla. Recordó sus ojos verdes de gata, llenos de tristeza, y la imaginó de pie junto a la puerta, mirando al horizonte. Había salido de allí muy deprisa, sin mirar atrás, y ahora que tenía a su hermano delante, sano y salvo, comenzaba a arrepentirse... Y tuvo que hacerlo todo a un lado para poder disfrutar de aquel momento, un momento que, en su cabeza, había tenido lugar más veces de las que se atrevería a admitir. A pesar de las circunstancias, Arikel estaba en casa. Las cosas no habían hecho más que empezar e ignoraba dónde sería el próximo baile pero, ahora, nada de eso debería importar. Ya pensaría en el resto más adelante, cuando hablasen de verdad. Ahora se concedería un instante de paz. Solo un instante, rogó para sus adentros, y al infierno con todo. Se lo había ganado.

Arikel estaba en casa.

Se miraron a los ojos de nuevo y pareció que el tiempo no hubiese pasado arrasándolo todo. El gris intenso cambió, suavizándose un poco. Su hermano estaba ahí dentro, en alguna parte. Solo tenía que encontrarlo.

—Y ahora dime... ¿Qué coño te has hecho en el pelo?

*A lo sonoro llega la muerte
como un zapato sin pie, como un traje sin hombre,
llega a golpear con un anillo sin piedra y sin dedo,
llega a gritar sin boca, sin lengua, sin garganta.
Sin embargo sus pasos suenan
y su vestido suena, callado como un árbol.*

*Hay cementerios solos,
tumbas llenas de huesos sin sonido,
el corazón pasando un túnel
oscuro, oscuro, oscuro,
como un naufragio hacia adentro nos morimos,
como ahogarnos en el corazón,
como irnos cayendo desde la piel del alma.*

*Hay cadáveres,
hay pies de pegajosa losa fría,
hay la muerte en los huesos,
como un sonido puro,
como un ladrido de perro,
saliendo de ciertas campanas, de ciertas tumbas,
creciendo en la humedad como el llanto o la lluvia.*

-Pablo Neruda-

Capítulo 13

Capítulo 9

En casa

¿Qué se le dice a una persona a la que hace más de mil años que no ves?

¿Y si esa persona fuese la más importante en tu vida?

Diablos, ¿qué coño se le dice?

Cuando sus frentes se separaron y levantó la vista, Emu y Yo habían desaparecido. Muy hábiles, sí. A la mierda con ellos.

—Entonces, ¿es ahora cuando vas a sacudirme?

Ash esbozaba una media sonrisa irónica, tan igual y tan distinta a la vieja sonrisa de siempre. Rota, como todo él.

—No, esperaré a ver cómo va la cosa.

Quería darle un abrazo, uno de verdad. Apretarlo contra su cuerpo hasta que escuchase como le crujían todos los huesos. Pero él no parecía muy receptivo al contacto, podía sentir su rechazo crepitando entre ellos como el fuego del hogar. Nunca había sido propenso a las muestras de afecto, sin embargo, ahora, su actitud reacia era diferente. Todo en él era diferente. ¿Qué se le dice a una persona a la que hace más de mil años que no ves?

—No sé si puedo hacer esto ahora —dijo Arikel con voz profunda.

Esto, aquello, el muro que nos separa. ¿Hay alguien al otro lado? ¿Queda algo de mi hermano detrás de los ojos grises que ahora me miran como si fuese un completo desconocido? Sus frentes se separaron y el momento se rompió en pedazos, como la frágil porcelana cuando cae al suelo.

Los suyos no se aislaban de los demás, no se desvinculaban. Porque Ash había roto su vínculo. No solo se había ido, había roto su vínculo. Lo sabía ahora, que lo tenía delante. Sentía el fluir de sus reservadas emociones, su esencia, dando muestra de que realmente estaba allí de una forma física, y no solo en su imaginación, como tantas otras veces. Y nada más. No lo percibía de la misma forma en la que sentía a Emu y a Yo. Incluso con el sumerio tenía ahora un lazo más fuerte; palpitaba bajo sus venas como lava hirviendo. Y no sabía si podía hacer esto ahora, había dicho. ¿En serio? ¿Exactamente qué es lo que no estás seguro de poder hacer? El gris de sus ojos fluctuaba, oscureciéndose, leyéndolo. Podía verlo todo y, en cambio, él no podía ver nada.

—Compartir —respondió Ash casi avergonzado. Y entendió que se refería precisamente a eso.

—Vete a la mierda.

Tuvo que coger aire para distanciarse, para apartarse de él. Fue hasta el sillón y se sentó, encendiéndose uno de los cigarrillos liados que guardaba en el bolsillo de la camiseta y dejándolo en sus labios por miedo a destrozarlo con esas manos torpes. Se sentía agotado. Agotado de verdad. Incapaz de dar un solo paso más ni de pronunciar una sola palabra. Agotado física y mentalmente. Ash no se movió de donde estaba, apoyado en la pared con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tenemos problemas, Vörj.

Bueno, por eso había vuelto, ¿no? Estaban de mierda hasta el cuello.

—Dime algo que no sepa.

La espada sumeria descansaba encima de la pequeña mesa, frente a él. Había restos de sangre. La sangre de su hermano. Y algo más. Y en medio de todo flotaba el nombre. El nombre de la persona que lo había iniciado todo. Si se paraba a pensarlo, no le resultaría tan difícil de imaginar. El problema estaba en que no quería pararse a pensarlo.

—En algún momento tendrás que hacerlo —dijo Ash siguiéndolo de nuevo a su manera. Él dejó escapar un gruñido y le dio una larga calada al cigarrillo.

Y permanecieron en silencio mucho rato, hasta que Emu y Yo regresaron de dónde quiera que hubiesen ido.

—¿Así están las cosas? —preguntó Yo afectado.

—No sé cómo están las putas cosas, pregúntaselo a él.

Se sintió como un niño pequeño en cuanto dejó escapar las palabras. Emu y Yo se miraron y en los ojos cobres de Emu había un claro «*te lo dije*» que jamás pronunciaría en voz alta, porque él no era esa clase de persona. Se preguntó qué es lo que habrían hablado, y decidió que tampoco quería saberlo.

—Está bien —dijo Yeialel suspirando con resignación—, ¿podemos hablar ahora de ese vínculo? ¿Puedo echarle un vistazo?

—No y no. No puedo pensar con claridad, Yo, necesito dormir —añadió suavizando el tono tirante—. Y no soy el único.

Ash parecía tan agotado como él o más. Pálido y delgado, como una sombra de lo que había sido. Ya habría tiempo. Después.

Después...

* * *

Cuando despertó se sintió desorientado; tuvo que pararse a pensar si estaba en casa o en la habitación en la que había estado encerrado todos aquellos días. Los momentos anteriores a meterse en la cama eran como un borrón, difíciles de recordar. Estaba sorprendido. Sorprendido de haber dormido -y tenía la sensación de haber dormido mucho-, algo completamente inusual. Sentía la cabeza despejada, como si su vida antes de acostarse fuese la vida de otro.

Comprobó la herida: ni rastro. Joder, ¿cuánto había dormido? ¿Y porque nadie lo había despertado? Se vistió con ropa cómoda y bajó en busca de sus hermanos; los encontró a los tres en el salón. Yo examinando el costado de Ash, que estaba sentado en el sofá desnudo de cintura para arriba, con el brazo en alto, dejando a la vista todo un muestrario de tatuajes, hematomas, marcas y viejas cicatrices. Emu los observaba en silencio con los ojos entrecerrados, posiblemente pensando lo mismo que él. Hubo de apartar la vista de su cuerpo porque no podía soportar la visión de todo aquello; la realidad, la prueba irrefutable de que ya no existía un vínculo entre ellos. Y por otro lado podía comprender, o un poco mejor, que su hermano fuese reacio a hablar de eso. De la persona que ahora era y de la que ya no estaba. Su verdadero reto consistiría en que esas dos personas, tan iguales y tan diferentes, pudiesen coexistir de algún modo. O que él pudiese coexistir con ambas partes. Asumir, en resumen, que las cosas eran distintas. A sus ojos, Ash seguía teniendo un aspecto demacrado. Demasiado delgado, como si simplemente se hubiese olvidado de que tenía que comer. Las costillas se marcaban claramente, perfiladas como blancos dientes asomando bajo la piel. Al menos parecía encontrarse mucho mejor que antes. Algo era algo...

—¿Es que no comes? —le dijo tratando de romper el hielo.

—Solo cuando me acuerdo —respondió él inclinando los labios ligeramente hacia arriba.

—No ha cicatrizado. Está mejor, pero no ha cicatrizado.

Yo miraba la herida con preocupación. De todos ellos, era el único que parecía no haber descansado en absoluto. Los cuarzos emitían ese tintineo relajante y tranquilizador.

—Se debe al veneno —dijo Ash, apartando la vista de él para mirarse el costado. El corte era profundo, mucho más que un corte. Se adentraba de forma abrupta en su cuerpo parasitándolo, invadiéndolo, lo sabía. No necesitaba que se lo confirmasen. Aparecía ennegrecido por los bordes, dónde la tierna carne se negaba a juntarse de nuevo, y aún más allá, dónde ya no alcanzaba a ver.

—No puedo limpiarlo del todo. Al menos, no ahora mismo. Necesitaré trabajar en él un poco más.

Ash asintió frunciendo el ceño. Realmente, no parecía muy contento con el contacto. Estaba tenso mientras los dedos de su hermano se deslizaban por la superficie de su piel. Tenso como las cuerdas de una guitarra.

—¿Qué es esto? —preguntó Yo acariciando una pequeña marca redonda, justo encima de la nueva.

—Eso es... un agujero de bala.

—Oh... ¿La sacaste? No la siento dentro y está en una zona complicada...

—No la saqué yo.

Su voz sonaba casi indiferente, pero él podía leer en sus emociones tan fácilmente como su hermano leía las mentes. La mención de la cicatriz

había pulsado en él una de las cuerdas de la guitarra; no le apetecía hablar de esa cicatriz, era una de esas cosas que no iba a compartir. No le dio más explicaciones a Yo, y él tampoco se las pidió.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Casi dos días enteros —dijo Emu.

—¿Dos días?! ¿Por qué nadie me ha despertado?!

—Porque necesitabas dormir —repuso el pelirrojo alzando una ceja. Y era cierto, lo necesitaba. Pero eso no implicaba necesariamente que tuviese que gustarle...

—Dijiste que necesitabas dormir —intervino Yo levantando un instante la vista de la herida—. Bien, pues ya has dormido. Ahora hablaremos de él y, cuando yo termine aquí y tú hayas comido algo, voy a revisar ese vínculo.

—Maldita sea, ¿cuándo te has vuelto tan mandón? —preguntó exasperado encendiéndose un cigarrillo.

—Tú me obligas. Si vas a comportarte como un niño, tendré que tratarte como a un niño.

Pero sus palabras perdieron algo de peso al dejar escapar aquella sonrisa franca con la que siempre recompensaba a todo el mundo. En realidad, se moría de hambre. Conocía bien esa sensación.

—Hay comida en la cocina.

Emu estaba distante, se había replegado como un caracol con la llegada de Ash, y sabía exactamente porque. Le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que lo acompañase, y él lo siguió en silencio.

—Estoy bien —afirmó tajante con el fin de tranquilizarlo.

—No lo parece.

—Pues lo estoy, deja de preocuparte. Es solo que... es extraño. Todo es extraño, nada más.

Le dio una palmada en la espalda y agradeció su serenidad en aquel momento. Su presencia firme, que siempre lo anclaba a la tierra por mucho que esta pareciese orbitar fuera de su eje. Aunque el mundo se les viniese encima, Emu seguiría imperturbable y él tendría un brazo en el que sostenerse.

—Gracias —le dijo a su hermano.

Y lo dijo de corazón.

* * *

Yeialel cantaba o recitaba -quizá ambas cosas- en aquella lengua primigenia que encerraba el poder de crear y destruir por igual. Que encerraba un inmenso poder que él podía sentir crepitar en cada hueco de su cuerpo. Yeialel tejía las palabras, entrelazándolas unas con otras, creando una sólida red que no veía pero que estaba seguro de poder palpar si estiraba la mano. Yo tejía, atravesando las complejas líneas del hilo que los unía, a ambos, y a él con el sumerio. Buscando. Buscando algo, lo que fuese. Algo de dónde tirar hasta romperlo.

—No puedo deshacerlo.

En su voz había tristeza y preocupación. En gran medida.
—Lo que está hecho no puede deshacerse —recitó Emu sombrío.
—No importa, ahora mismo puede resultarnos útil. Ya pensaremos después lo que haremos al respecto.
—¿Y cómo podría resultarnos útil? —preguntó Yo escéptico.
—Emesh está aquí, mi unión con él es casi tan fuerte como la que tengo contigo. A través de éste vínculo, puedo encontrarlo.
Porque lo encontraría, joder si lo haría.
—¿Y qué pasará cuando lo encuentres? No sabemos qué sucederá si le haces daño. No es el mismo tipo de vínculo, no es como el nuestro. Es algo... sucio —Yo pronunció la palabra con desagrado, como si se resistiese a salir—. Lo he visto, está tan arraigado, tan unido a ti, que me es casi imposible separarlo de los demás. Tenemos que pensarlo bien, no puedes lanzarte de cabeza sin saber cuáles son las consecuencias.

Meditó sobre lo que su hermano le decía. En el fondo sabía que era cierto; lo supo desde que despertó en aquella cama desconocida, junto al latido de su corazón. *Hermanos*, había dicho. «*Ahora somos hermanos*». Lo sentía inquieto y voraz. Oscuro como si reflejase la profundidad del averno. Lo *sentía*... No sabía lo que había hecho el sumerio ni hasta dónde llegaban sus conocimientos. Probablemente muy lejos, teniendo en cuenta de dónde habían salido. Podrían estar unidos en la vida, en la muerte, e incluso aún más allá. Y lo peor de todo seguía siendo que uno de sus hermanos lo había vendido.

—Viktor.

El nombre lo traspasó como lo haría un rayo, cargado de electricidad, poniéndole el vello del cuerpo de punta. Era Ash quien había hablado, por primera vez en mucho rato. Se miraron, y después desvió la vista a Yo, que parecía estupefacto, y a Emu, que no parecía sorprendido en absoluto. Los ojos cobres ardían como ascuas, y eran sus ojos lo único que reflejaba el tumulto de las emociones que se agolpaban en su interior. Elariel se lo había repetido muchísimas veces. Hasta la saciedad. Sin embargo, ahora que sus temores se hacían realidad, no lo hizo. No dijo nada, porque así era él. Alguien que aborrecía los «*Ya te lo dije*».

Ash se acercó a él. Había estado de pie todo el tiempo, como si la idea de salir corriendo fuese una posibilidad. Sus ojos grises turbulentos, como una tormenta a punto de descargar. Duros, mucho más duros de lo que recordaba. Se acercó a él casi tanto como cuando sus frentes se tocaron.

—A veces —susurró su hermano—, no eres consciente de hasta qué punto puedes afectar a los demás. De hasta qué punto puedes influenciarlos. Fuiste tocado por Él de una forma especial. Todos te aman, algunos... desesperadamente.

La mención a su padre le dolió. Le dolió horrores.

—Esperaba no tener que llegar a esto... —afirmó bajando la mirada al suelo. Quería romper el contacto visual con él, estar a solas ahí dentro, solo un momento. Solo aquel momento.

Viktor había sido un buen hombre, había sido incluso su amigo,

tiempo atrás. Lo había escogido para que lo sustituyese cuando se marchó y él, sin embargo, lo había vendido. Las cosas habían cambiado mucho, se habían ido cociendo a fuego lento. Y de haber estado pendiente lo habría visto venir. Debió escuchar a Emu, prestar más atención a lo que pasaba a su alrededor. Pero él nunca solía estar pendiente. No escuchaba a nadie, ni prestaba atención a nada. Ya no. Y ahora... Ahora ya era demasiado tarde para lamentarse; el daño estaba hecho. Ahora Viktor era su serafín, la cabeza militar de todo su círculo, el círculo de Miguel. Él le había dado su propia espada como símbolo de su apoyo, una espada que lo representaba todo. Una espada que lo había corrompido, volviéndolo ambicioso. La ambición era el único motivo que se le ocurría.

Volvió a mirar a su hermano, tratando de concebir la magnitud de esa traición y las consecuencias de la misma. Realmente estaban de mierda hasta el cuello. Si los demás círculos se enteraban, si detectaban una debilidad... El equilibrio podría romperse. La delicada tregua, que se sostenía de forma precaria, terminaría. Y cuando eso sucediese, ¿cómo iban a confiar sus hermanos en él de nuevo? Él, que prácticamente les había dado la espalda, como todos los demás. Le costaba creer que Viktor fuese tan estúpido, joder. Tan estúpido como para tirarlo todo por la borda. ¿Cuándo habían llegado las cosas a ese extremo?

—Ya sabes que las treguas no duran eternamente, en algún momento tenía que terminar. Sólo entendemos de violencia. Y cuando el sol se ponga... —Ash sujetó un mechón de su cabello rubio entre los dedos— Todos buscarán tu luz, como hicieron en el pasado. Confían en ti, Viridiel. Confía tú en ellos.

De verdad esperaba no tener que llegar a ese punto. Era algo que deseaba de corazón.

—Para haber estado fuera tanto tiempo, tienes demasiada fe en mí... —dijo.

—Bueno, ya sabes, hay cosas que nunca cambian.

Sonrió muy a su pesar, confiando en que Ash tuviese razón y esperando no tener que averiguarlo.

—De momento —intervino Emu—, las cosas siguen como siempre y podemos mantenerlas así. No hace falta que digamos nada, lo resolveremos entre nosotros.

—Es cierto, no hace falta que informemos al consejo —añadió Ash tomando distancia de nuevo, dando por zanjado el acercamiento. No, no pensaba informar a nadie.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Yo nervioso.

—Lo que haga falta —le respondió.

Como siempre.

—Volveremos a la casa —anunció Ash. Él pensó en la mujer de ojos verdes, y su hermano asintió—. Yo la he visto en sus sueños, es la misma mujer.

—¿Qué mujer? —preguntó de nuevo Yo. Había cierto temor en su voz, un temor que le contagió enseguida, recordándole el nudo en el pecho que sentía cuando la miraba a ella.

—La mujer de ojos verdes —repuso Ash—. La mujer de tu sueño.

Vörj la conoce, fue ella la que le ayudó a escapar.

Yeialel se contrajo en un gesto de dolor y dejó escapar un suspiro.

—Ella está unida a ti, Vörj. A nosotros. De alguna forma que ignoro, forma parte de esto.

—Quizá se debe a que me ha salvado la vida... —aventuró. Pero Yeialel negó con la cabeza despacio, pensativo.

—No, es algo más. Algo que va más allá de eso, lo sé.

—He visto tu sueño —le dijo Ash a Yo—, está en peligro. Esa bestia... la del laberinto... la he visto. Y tú también.

Sus ojos se volvieron en su dirección, y supo a quien se refería. Y el nudo se apretó. Se apretó tanto que le costaba respirar. Ella lo había ayudado y, ¿qué había hecho él a cambio? Dormir dos días seguidos. Su hermano le había hablado del sueño pero, por supuesto, no lo había escuchado. El nunca escuchaba. Ya no.

—Cuéntamelo, Yo. Cuéntamelo una vez más.

Ignoraba dónde estaba situada la casa, pero podía volver sobre sus pasos. Había abierto un camino hasta allí con la traslación al desmaterializarse, un camino que podía tomar de nuevo. Los llevaría hasta esa maldita casa, y esperaba que los dos sumerios estuviesen allí dentro para comprobar el alcance de su vínculo con Emesh. Viktor sería arena de otro costal... Aún tenía que decidir qué hacer con él. Quería mirarlo a los ojos, dejar que se explicase. Pero una cosa estaba clara: su hermano había cruzado el punto sin retorno. Casi le había costado la vida, y no solo a él, sino también a Arikel.

No había perdón.